

apuntes...



Cuidados globalizados

¿De dónde surge este texto? Contestar esta pregunta es imprescindible para poder situarlo y entenderlo. Este texto tiene su origen más remoto en la deriva con trabajadoras domésticas que realizamos el 27 de Octubre de 2002 y cuyo relato aparece en este libro. Aquella deriva generó múltiples preguntas que hemos ido intentando, si no contestar, sí discutir y conectar con otras muchas nuevas que nos han ido surgiendo. Este proceso de cuestionamiento constante lo hemos llevado a cabo en los sucesivos Talleres de «Cuidados Globalizados (amas de casa, chachas, señoritas y cuidadoras en general)» que han tenido lugar en la Escalera Karakola.¹ Y, como nunca nos quedábamos satisfechas, marzo se unió con junio y el I dio lugar al II, y éste, al III, y éste... ya se verá. En estos talleres hemos intentado debatir y compartir experiencias juntas y juntos (aunque, oh casualidad, parece que interesaban mucho menos a ellos que a ellas). Hemos recurrido a gente que había tratado estos temas antes, que estaba inmersa en el mundo de los cuidados desde diversas localizaciones: mujeres migrantes empleadas de hogar, abogadas conocedoras de la legislación del trabajo doméstico, mujeres que han puesto en marcha diversas iniciativas con las que intentar un reparto distinto y autoorganizado de los trabajos de cuidados... Y, por supuesto, (nos) hemos dado voz a todas las personas cuidadoras que han aparecido por allí, porque cuidadoras somos todas; de nosotras mismas, de la gente a nuestro alrededor, día a día. También hemos reunido textos que creíamos interesantes en el Dossier de Cuidados Globalizados.²

Estas páginas están escritas desde un «nosotras polifónico», una pluralidad de voces, donde se entremezclan múltiples localizaciones vitales, entre las que tenemos que destacar las diversas situaciones de las mujeres migrantes y las mujeres autóctonas. A veces, oiréis a unas, otras: a otras, pero siempre tratando de empezar a construir alianzas transnacionales como aquellas de las que os hablaremos más adelante. Es un texto, por tanto, escrito por mujeres del Norte y del Sur, pero claramente situado en el Norte. No pretendemos hablar del todo, sólo intentamos aportar una determinada visión (desde este Occidente privilegiado, pero donde el privilegio no se reparte ni llega a todas/os por igual) que colabore, en lo posible, a la construcción colectiva de mapas de la realidad con anhelos de ser críticos y transformadores.

Aunque el texto es largo (por favor, no os asustéis) hemos intentado que cada apartado pueda ser leído separado, que tenga sentido en sí mismo además de colaborar, claro, a un único hilo argumental que se va tejiendo poco a poco. En el primer apartado, se habla de cómo colisionan actualmente dos lógicas, la del mercado que busca beneficios y la del cuidado que busca

¹ Podéis ver las invitaciones y el resumen del primero en: <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm>

² Algunos de los textos y todas las referencias podéis encontrarlos en: <http://www.sindominio.net/karakola/precarias/cuidadosdossier.htm> y, completo, en Traficantes de Sueños, calle hortaleza 19 1º drcha, Madrid.

mantener la vida. Siendo ambas lógicas irreconciliables, en una sociedad como la del Estado español que prioriza la primera, las tensiones son constantes e inevitables. La absorción de estos conflictos y la sostenibilidad de la vida son sólo posibles mediante una desigual distribución de los cuidados por ejes de poder (de género, raza, clase, país de origen...) que convierten el trabajo de cuidados en una externalidad positiva invisible. Esto es lo que garantizaba el modelo de familia nuclear fordista «hombre ganador de ingresos–mujer ama de casa» actualmente en quiebra. En el segundo apartado esta quiebra se sitúa dentro de un fenómeno más amplio de crisis de los cuidados que, argumentamos, está ocurriendo hoy en los países del centro como consecuencia de múltiples factores y que funciona como elemento invisible de creación de miedos colectivos con los que poder cimentar el frente interno de la guerra global permanente. Mientras tanto, en los países de la periferia, se vive una crisis aún más aguda, que ataca la posibilidad misma de sostenibilidad de la vida. La implementación de Programas de Ajuste Estructural y otras políticas liberalizadoras, la privatización de los recursos naturales, etc. han socavado las posibilidades de subsistencia al margen de los mercados capitalistas y, al mismo tiempo, han limitado y, sobre todo, precarizado, las vías de obtención de ingresos monetarios. Estos y otros fenómenos dan lugar a un flujo migratorio que, regulado por restrictivas y militarizadas políticas migratorias, aseguran la disponibilidad en el centro de una abundante mano de obra flexible y chantajeable que sirve como elemento esencial para garantizar un cierre conservador de la crisis de los cuidados. Se crean así las llamadas cadenas mundiales de afectos, en las que distintas mujeres a lo largo del mundo se transfieren trabajos de cuidados de unas a otras. Estas cadenas se abordan en el tercer apartado, donde se intenta comprender las diversas localizaciones de las mujeres y las dinámicas de poder entre ellas, reconociendo la no horizontalidad de la cadena.

¿Qué ocurre con la mujer que se queda en el país de origen? ¿Y con la que migra? Y, aquí, en el Norte, ¿qué relaciones de poder se establecen entre la mujer migrante y la mujer que la contrata? El reparto social de los cuidados, la construcción de sociedades donde los mercados se erigen por

encima de la vida, la confluencia de múltiples fenómenos globales en las crisis de los cuidados y de sostenibilidad de la vida, la construcción de nuevas relaciones de poder entre mujeres o el reforzamiento y renovación de otras anteriores... son múltiples fenómenos que intentaremos ir desgranando y que consideramos que suponen un reto crucial al que, desde el feminismo, hemos de intentar dar respuesta evitando caer en cierres reaccionarios de las múltiples crisis. Llegamos así al cuarto y último apartado, ¿qué hacer? Somos conscientes de la dificultad y el riesgo de empezar, y, desde ahí, proponemos como objetivo último transformar una sociedad destructiva que prima la lógica del capital por otra donde se valore la vida, en toda su amplitud. Pero, para ello, hemos de adentrarnos en procesos de construcción de subjetividades nuevas y no normativas que revaloricen los cuidados, rompan con nociones de independencia que nos imponen modelos imposibles de autonomía, acaben con peligrosos mitos como el del hogar dulce hogar (que inhibe otras formas menos jerárquicas de comunidad) o como el del *amour fou*. Y todo ello desde la urgencia de los intentos de construcción de alianzas transnacionales entre mujeres,



que puedan concretarse en espacios tangibles desde los que poder experimentar propuestas específicas que saquen a la luz los trabajos de cuidados y los conflictos que subyacen a su reparto.

1. Cuidados y beneficio

1.1. Un primer acercamiento a los cuidados

Es muy habitual que, al intentar entender la «realidad», dirijamos la mirada a un punto muy concreto, los mercados capitalistas. El empleo, el capital, el dinero, se erigen en el centro de nuestra atención. Y, claramente, son elementos de importancia indiscutible, pero no son «el todo». Es necesario intentar escapar al doble reduccionismo economicista que, primero, equipara al conjunto social con la economía y, segundo, a la economía con los mercados. Aunque en las sociedades capitalistas avanzadas los mercados capitalistas son un elemento absolutamente crucial, hemos de preguntarnos si hay más esferas de actividad socioeconómica, «fuera» de los mercados, o en una relación distinta con ellos y, en su caso, cuáles son las interrelaciones entre los mercados y lo que no es propiamente mercado. Sin intentar esta ampliación de perspectiva, es imposible visualizar la dimensión de los cuidados.

En el Estado español, la idea de que mercados y sistema socioeconómico no son lo mismo queda claramente representada cuando se señala que dos tercios del trabajo realizado son trabajos no remunerados; es decir, no empleo, no trabajo asalariado, sino esa diversidad de trabajos gratuitos que, muy frecuentemente, se etiquetan como no-trabajo o inactividad. Y, de esos dos tercios del trabajo total, el 80% son trabajos de cuidados. Los siguientes datos muestran los millones de horas que se dedican anualmente a cuidar sin recibir remuneración a cambio, así como los millones de empleos a los que equivaldría ese trabajo si se realizara en el mercado:³

Cuidados no remunerados	Horas anuales (millones)	Equivalente en empleos (millones)	% realizado por mujeres
TOTAL	23.589	14,1	80,9
Cuidado de niñas y niños	14.500	8,7	82,3
Cuidado personas ancianas y niños	4.295	2,5	79,8
Cuidado personas enfermas	4.780	2,7	80,3

³ Datos de Durán, M. A., «El análisis de exhaustividad en la economía española», en Carrasco, C. (ed.), *Tiempos, trabajos y género*, Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2001, pp. 41-55.

⁴ La crítica a la forma de medir los cuidados no remunerados se inserta dentro de la crítica a los intentos de medición del trabajo doméstico. Hay dos formas fundamentales de medición. Una de ellas intenta dar cifras monetarias, es decir, el valor del trabajo doméstico en dinero. La crítica fundamental que se le hace es que cae en la misma trampa androcéntrica de valorar facetas históricamente asignadas a las mujeres mediante su asimilación a lo masculino, en este caso, lo monetario. La segunda forma es medir este trabajo en términos de tiempo. Aunque se aleja un poco más de los referentes monetarios, sigue arrastrando problemas clave: nociones lineales del tiempo, fronteras entre trabajo y no trabajo, incapacidad de captar la multidimensionalidad de las experiencias, etc. Diferentes propuestas para el caso español pueden encontrarse en Carrasco, C. (ed.), *Tiempos, trabajos y género*, *ibid.*

⁵ Todos los textos que aparecen en cursiva y entrecomillados son fragmentos de conversaciones de los tres comentados Talleres de Cuidados Globalizados que tuvieron lugar en La Escalera Karakola entre marzo y junio de 2003.

⁶ La famosa fórmula subyacente a los mercados capitalistas: D-M-D': dinero para producir mercancías, para venderlas y generar más dinero.

Dar cifras sobre los trabajos no remunerados es algo muy polémico y pueden realizarse muchas críticas a la manera de obtenerlas.⁴ Sin embargo, puede ser conveniente introducirlas para dar una simple idea de las dimensiones de lo que estamos hablando, de lo fundamental de los cuidados para el conjunto del sistema socioeconómico. Los cuidados son fundamentales en la medida en que son la base social y porque todas y todos necesitamos cuidarnos y ser cuidadas/os a lo largo de nuestra vida. Tienen que ver con el mantenimiento cotidiano de la vida, con tareas a veces nimias o rutinarias, que se dirigen al bienestar emocional y material inmediato. El cuidado es una necesidad diaria de todas las personas, aunque su forma concreta varíe a lo largo del ciclo vital y el contexto histórico y cultural. A veces, las personas la cubren por sí mismas, en lo que llamamos autocuidado, y, a veces, se cubre mediante la interacción, cuidándonos unas/os a otras/os. Por eso al hablar de trabajo de cuidados podemos referirnos al hecho de cuidar a otra persona, pero también al hecho de que una persona se cuida a sí misma. El trabajo de cuidados es un *continuum* entre el consumo, el ocio y el trabajo en su acepción más fordista. Los cuidados son la base de todo el sistema socioeconómico, pero una base habitualmente invisibilizada e infravalorada.

1.2. La lógica del beneficio y la priorización de los mercados

Mantener algo tan omnipresente en el limbo de lo invisible tiene que ver con una estructura social que se ha organizado con los mercados en su centro y que ha hecho suya la lógica que los guía.

«Hay un problema de fondo que es la priorización de las necesidades del mercado, que el objetivo de esta sociedad son los mercados y la acumulación del capital, por encima de cualquier otra necesidad. Eso no se puede perder de vista porque está ahí presionando.»⁵

Los mercados capitalistas se rigen por el objetivo de la acumulación de capital. El motor de su funcionamiento no es producir para satisfacer necesidades/deseos de las personas (de cuidados u otras). Por el contrario, los mercados son autorreferentes, funcionan por su propia necesidad de creación constante de beneficios.⁶ Esto implica que sólo van a satisfacer la «demanda solvente», es decir, las necesidades de aquellas personas con dinero para pagar y con capacidad para expresarlo. Según el liberalismo y Adam Smith, a través de esta persecución egoísta del propio interés y de la maximización del beneficio, la sociedad se organiza de una manera eficiente; es la mano invisible del mercado. No parece acertado detenernos a explicar el por qué de nuestra poca o ninguna fe en semejante mano invisible. Cabe decir, simplemente, que esa lógica del beneficio choca inexorable y constantemente con las necesidades de las personas, con la necesidad de la vida de perpetuarse. Priorizar los mercados pone en riesgo constante la sostenibilidad de la vida. Y si la vida y los mercados siguen coexistiendo es porque alguien históricamente ha absorbido (en la medida de lo posible) las tensiones que se generan entre ambas. Mirando más allá de los mercados, hasta Adam Smith reconoce que el funcionamiento de los mercados sólo es posible si, detrás (alrededor, simultánea, por delante, desbordada) hay otra lógica diferente, la lógica del cuidado de la vida, de

atención a las necesidades de las personas.⁷ Esta lógica queda relegada a los hogares, a las mujeres y a sus trabajos gratuitos; al cuidado diario de la vida para que el mercado tenga cada día trabajadores recién planchados.

Antes de pasar a mencionar algunas consecuencias de la priorización de la lógica de acumulación, es preciso hacer algunas puntualizaciones. En primer lugar, cuando hablamos de la lógica que guía cada esfera (los mercados frente a los cuidados), nos referimos a una dimensión colectiva, no individual. Es decir, las personas concretas pueden tener motivos diferentes para actuar en cada ámbito. Precisamente, desde el feminismo se ha dado una resistencia muy fuerte a la noción (neo)liberal de que todas las personas actúan de forma egoísta y competitiva en los mercados mientras que, en los hogares, reina el amor, la armonía y el altruismo.⁸ Pero, si bien a escala individual el dibujo es muy variado y complejo, sí podemos decir que, a nivel agregado, los mercados funcionan en tanto en cuanto se produzcan beneficios; mientras que los trabajos gratuitos de cuidados tienen un objetivo de generación inmediata de bienestar. En segundo lugar, hablamos de lógicas situadas en una cultura y momento histórico concretos, es decir, creemos que hay que ser muy cautas al hablar de una lógica del cuidado para evitar caer en la exaltación de una moral del cuidado (como se ha hecho desde algunas posiciones feministas) que tiene un factor esencialista muy serio (la mujer madre, empática con las necesidades de quienes están a su alrededor y con la naturaleza) y que, con demasiada frecuencia, falla al criticar otros aspectos presentes en esas actividades femeninas, como pueden ser la coacción, la obligación social, etc.⁹

Una vez comentado brevemente esto, veamos ya algunas de las consecuencias de dar prioridad social a la lógica de acumulación. Otorgarle esa prioridad implica que se acepta que esa lógica organice la producción: «[E]n la sociedad capitalista no se produce lo que necesitan las personas: da igual producir medicinas o bombas con tal de que originen beneficios».¹⁰ Que organice también los espacios: como ejemplos podemos poner las ciudades globales al servicio de los grandes capitales y las elites financieras;¹¹ o los procesos de rehabilitación de cascos históricos donde se busca una revalorización especulativa y no la mejora de las condiciones de vida de la población que los habita, como el que está ocurriendo actualmente en Lavapiés.¹² Que estructure los tiempos, como puede verse en fenómenos como la flexibilización de la jornada, la apertura de comercios veinticuatro horas, la homogenización de los tiempos vitales y su reducción a una única medida, el tiempo dinero, el tiempo mercancía... Y, constantemente, esta estructura que responde a las exigencias de los mercados choca con las necesidades que surgen del cuidado que, si bien no reciben prioridad social, son, en parte, inflexibles (si la persona a la que cuidas se pone mala, no puede esperar a que vuelvas del curro para atenderla; aunque tengas un horario loco, necesitas dormir, o tu hija/o sigue necesitando comer). El funcionamiento autorreferente de los mercados junto con las exigencias cotidianas del cuidado provocan fuertes tensiones, a veces irresolubles, a veces sólo resolubles mediante su absorción por parte del colectivo que es socialmente responsable del cuidado. Cabe entonces preguntarse cómo se han resuelto históricamente estas tensiones y quién ha sido histórica y socialmente responsable de cuidar la vida en semejante entorno hostil.

⁷ Lo que algunas feministas llaman «corazón invisible» (Folbre, N. *The Invisible Heart. Economics and Family Values*, The New Press, Nueva York, 2001) o «mano invisible de la vida cotidiana» Carrasco, C. «La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?», en *Mientras Tanto*, nº 82, otoño-invierno, Icaria Editorial, Barcelona, 2001.

⁸ Por ejemplo, Hartmann, H. y Folbre, N., «La retórica del interés personal. Ideología y género en la teoría económica», en Carrasco, C. (ed.), *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Icaria, Barcelona, 1988/1999.

⁹ Como teórica clave de la ética del cuidado Gilligan C., *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986; y para una discusión feminista, Larrabee, M. J. (ed.), *An ethic of care: feminist and interdisciplinary perspectives*, Routledge, Londres, 1993.

¹⁰ Río, S. del, «Mujeres, globalización y Unión Europea: algunas reflexiones», en <http://www.nodo50.org/caes>, 2000.

¹¹ Sassen, S., *La ciudad global*, Nueva York, Londres, Tokio, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

¹² Mirar, por ejemplo: «La rehabilitación de Lavapiés o el despotismo castizo: todo para el barrio... pero sin el barrio» en <http://www.sindominio.net/karakola/despotismocastizo.htm>

1.3. Distribución histórica de los cuidados

¹³ Por ejemplo, en el cuidado de personas enfermas, en el que existe una amplia infraestructura sanitaria, ésta sólo aporta el 12% de los cuidados necesarios. El resto se facilitan gratuitamente desde el sistema doméstico, Durán, M. A., *Los costes invisibles de la enfermedad*, Fundación BBV, Bilbao, 1999. De la asistencia personal que reciben las personas discapacitadas, las familias cubren el 78,1% (personas de 6 a 64 años); 77,3% (de 65 a 79); y 80,3% (mayores de 80), INE, *Encuesta de Deficiencias, Discapacidades y Estado de Salud*, 1999.

¹⁴ Aunque los datos se refieren al Estado español, ambas afirmaciones son igualmente ciertas para el resto de los países occidentales.

¹⁵ Pérez Orozco, A. y Río, S. del, «La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados», en Rescoldos. Revista de diálogo social, nº. 7, invierno 2002. También en: www.sindominio.net/karakola/pre-carias/cuidadosdossier.htm

¹⁶ El hombre cabeza de familia es titular de derechos directos, por cotizar a través de su empleo. Y todo el resto de «dependientes» o «personas a cargo» (todavía hoy se llama así a la esposa, hijas/os...) tienen acceso a los derechos llamados derivados por sus vínculos familiares con él. Ni el simple hecho de ser ciudadana/o ni el trabajar fuera del mercado han servido históricamente como fuentes de derechos (y tampoco hoy sirven, como norma general). Muchas prestaciones se han concedido y conceden a la familia a través del cabeza de familia, el responsable de los ingresos

¹⁷ Por ejemplo, en algunos países, se establece que el salario mínimo masculino debía ser suficiente para cubrir a un matrimonio y dos niñas/os mientras el femenino establecía este ingreso en términos individuales.

Sea cual sea la estadística, informe o estudio al que atendamos, provenga de la perspectiva política que provenga, o partiendo del simple sentido común y de la observación de la vida diaria, siempre se llega a la misma conclusión: en el Estado español la inmensa mayoría del cuidado lo realizan las familias sin recibir nada a cambio.¹³ Y, dentro de ellas, como la tabla anteriormente inserta señala, las mujeres realizan hoy día el 80% del trabajo de cuidados a terceras personas.¹⁴ Ésta ha sido la distribución histórica de estos trabajos, asignados al ámbito de lo privado, de los hogares, de lo femenino: «*El asunto es que así se ha solucionado la papeleta, pero desde una posición de no elección.*» El complemento a estos trabajos femeninos gratuitos e invisibles venía dado por la existencia de un hombre, cabeza de familia, con un empleo fijo, a tiempo completo, que salía de casa cada día, libre de «cargas», para ir al mercado. Es el modelo «hombre ganador de ingresos – mujer ama de casa», la familia nuclear fordista, con rasgos peculiares en el Estado español:

«En el franquismo la familia fue un pilar fundamental de la estructuración social [...]. Se trataba de una familia extremadamente jerárquica, donde el marido/padre ostentaba explícitamente el poder. En ella se daba un rígido reparto de funciones entre hombres y mujeres. [...] Las “virtudes” de la familia (sobre todo de las numerosas) eran exaltadas por todas las instancias públicas y desde las instituciones, el púlpito y los medios de comunicación se insistía machaconamente en el modelo a cumplir por las mujeres: paciencia, abnegación, entrega total...»¹⁵

Este modelo, con una mujer a tiempo completo en el hogar y un hombre a tiempo completo en el mercado, que relega el trabajo de cuidados al ámbito de lo invisible e infravalorado, ha funcionado en gran medida más como un ideal social que como una realidad. Es decir, este modelo de familia nuclear con esa división de roles sólo ha estado plenamente accesible para las familias blancas, burguesas, heterosexuales. Mujeres de otras razas o de clase baja han estado siempre presentes también en el mercado laboral, han organizado el cuidado en torno a redes extensas de mujeres que superaban esta idea estrecha de familia. Sin embargo, como imaginario social basado en jerarquías de género, clase y raza, ha tenido una gran fuerza histórica. Ha sido el modelo al que tender, la norma de la cual grupos sociales «problemáticos» se han desviado y la noción que ha servido de base al conjunto de la estructura socioeconómica. El Estado del Bienestar, a pesar de las diferencias entre países, se ha organizado sobre la concepción de que la familia fordista era la norma social.¹⁶ La legislación laboral¹⁷ y el sistema impositivo¹⁸ también se han basado y han (re)producido este modelo. Dos mitos de la socialdemocracia y/o del movimiento obrero, como son el Estado del bienestar y el pleno empleo, se han sostenido mediante la existencia subyacente de esa estructura de género.

Por tanto, las tensiones entre el cuidado y los mercados se han resuelto históricamente a través de los trabajos gratuitos de las mujeres en el ámbito privado. Es la división sexual del trabajo típica de los países capitalistas occidentales en los denominados «años de oro» del capitalismo. Lo que Pateman denomina el «contrato sexual»,¹⁹ y que es una de las estructuras subyacentes al tan cacareado «contrato social» mediante el cual, supuestamente, individuos autónomos se unen para formar el Estado. Los cuidados quedan convertidos en una externalidad positiva: es decir, es algo

que, por suerte (o sea, es bueno, positivo), ocurre; y ocurre fuera de la esfera de lo público (es externo) y de forma natural (lo invisible siempre es natural, o lo natural, invisible). ¿Por qué la vida sigue, quién cuida a los hombres que trabajan en los mercados, a los niños, a los adultos, a los viejos? Es algo que no es necesario plantearse socialmente, es algo que está ahí, sin más, día a día.

*«En definitiva, la producción capitalista se ha desligado del cuidado de la vida humana, apareciendo como un proceso paralelo y autosuficiente. Pero no sólo eso. Además de mantener invisible el nexo con las actividades de cuidados, utiliza a las personas como un medio para sus fines: la obtención de beneficio».*²⁰

Ahora bien, el porqué de esta distribución sexual del trabajo es aún tema de discusión. ¿Ha sido el capital el que la ha generado, por motivos varios: los cuidados no eran una esfera rentable susceptible de beneficio, además, tener amas de casa permitía disminuir el valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, los salarios, a la vez que se disponía de un ejército de reserva? ¿O ha sido un consenso del patriarcado y el capital forzado por el movimiento obrero masculino que no quería compartir los beneficios del trabajo asalariado con las mujeres, es más, temía su independencia? Este tema da para mucho debate, y supera con mucho las pretensiones de este texto.²¹

Lo que está claro es que los mercados se han basado en, (han dependido) de, la existencia de todos esos trabajos invisibles que reproducían la vida (y, por tanto, a las/os trabajadoras/es asalariadas/os y a las/os consumidoras/es) sin hacer ruido. Esas externalidades positivas, cuya conceptualización como tales permitía esconder ese estrecho vínculo, esa misma dependencia. Los mercados como única realidad visible dan una imagen, por fuerza, de autosuficiencia. Este ocultamiento de la dependencia a nivel colectivo ocurre también a nivel individual. En palabras de Carrasco:

*«Tradicionalmente se ha considerado a las mujeres personas “dependientes” porque tenían ingresos monetarios menores o sencillamente no tenían. Sin embargo, normalmente no se nombra la “dependencia” de cuidados, es decir, la capacidad de cuidarse a uno(a) mismo(a) y a otras personas. En este sentido, los varones son absolutamente dependientes de las mujeres.»*²²

La imagen de las amas de casa, las principales cuidadoras, como dependientes, frente a un cabeza de familia asalariado, sujeto autónomo, casa bien con el individualismo liberal característico del ámbito público (por tanto, imagen referente, de nuevo, del hombre blanco, burgués, heterosexual... sujeto de derechos políticos y económicos, ciudadano en sentido pleno). Los diversos pares que forman la estructura binaria del pensamiento occidental se unen y retroalimentan: público/privado mercado/familia, egoísmo/altruismo, empleo/cuidado, autonomía/dependencia, racionalidad/emotividad, civilización/naturaleza... Pero la valoración social recae en uno solo de los miembros de cada par. El cuidado se desvaloriza, se convierte en la marca del ama de casa, la mujer subyugada: *«también es verdad que cuidar es un “marrón”, que nadie quiere asumir y lo asume quien está peor y no puede decir que no.»* El cuidado es un marrón, una putada, que nosotras, mujeres jóvenes más o menos emancipadas, no queremos asumir. No sólo cuidar es un marrón, sino que necesitar cuidados (ser dependiente) es no poder ser aquello que más apreciamos: autosuficiencia, el ideal

¹⁸ Por ejemplo, al permitir cotizar juntos a los matrimonios, o al exigir el nombramiento de un cabeza de familia oficial a fines fiscales.

¹⁹ Pateman, C., *El contrato sexual*, Barcelona: Anthropos; México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa 1988/1995. Barcelona, 2001.

²⁰ Carrasco, «La sostenibilidad de la vida humana» op.cit.

²¹ Para una explicación y discusión de la primera perspectiva, ver Molyneux, M., «Más allá del debate sobre el trabajo doméstico», en Borderías et al. (comp.), *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona, 1979/1994, pp. 111-150; la segunda puede representarse Hartmann, H., «Marxismo y feminismo: un matrimonio mal avenido. Hacia una unión más progresiva», en Zona Abierta, 20, 1980.

²² Carrasco, C., «La sostenibilidad de la vida humana», op.cit.

²³ Aunque hasta aquí hemos hablado casi en exclusiva del trabajo de cuidados no remunerado en la familia, también hay cuidados a través de empresas, o del sector público, u organizado mediante otras redes; o, punto en el que, luego, nos centraremos, contratando directamente a una mujer, a menudo de forma informal, a menudo a una mujer migrante.

liberal del individuo autónomo. Es una marca que recae en niñas/os, personas enfermas, ancianas o discapacitadas, o en las mujeres sin ingresos propios: «los dependientes». Esta desvalorización del cuidado tiene que ver con una epistemología patriarcal donde la civilización se entiende como desapego progresivo de todos los vínculos con la naturaleza; el hombre es hombre (en masculino) en tanto que piensa y trasciende su condición natural/animal. Así, el cuidado representa los nexos más básicos e inevitables con lo natural, con los cuerpos, con las emociones. Tiene muy poco de trascendente y mucho de inmanente. La desvalorización de los cuidados no es ajena a la desvalorización del medio ambiente, a una sociedad destructiva del entorno, a la negación de los cuerpos.

1.4. Transversalidad e invisibilidad

Comentemos un par de ideas más. En primer lugar, y siguiendo con la noción de una epistemología dualista y jerárquica que subyace a nuestra forma occidental contemporánea de entender el mundo, precisamente, el cuidado representa la transversalidad que, quizá, pueda ayudarnos a movernos entre los pares aparentemente opuestos. Los cuidados son una noción transversal en múltiples dimensiones. Rompen la noción de dependencia frente a la de independencia, resaltando la idea de que todas las personas hemos de cuidarnos en el día a día, dependemos unas de otras

en diferentes dimensiones y en diferentes momentos de nuestras vida. No son «los otros» quienes necesitan ser cuidados. Además, los cuidados entremezclan de forma indisoluble lo «material» y lo «inmaterial» (aspectos relacionales, emotivos, subjetivos, sexuales) de nuestras vidas, necesidades y deseos. El trabajo de cuidados atraviesa diversas esferas de actividad económica; une lo mercantil con lo no mercantil.²³ No se restringe a los hogares, tampoco a una mujer concreta, sino que históricamente se ha organizado en torno a redes de mujeres, dentro y fuera del hogar, pagadas o no pagadas, familia nuclear o extensa, en la escuela, en el hospital... Cadenas de mujeres que, a veces, confluyen en una sola persona. Cadenas de mujeres que, como se verá más adelante, atraviesan los países y las fronteras. Es un trabajo donde múltiples tareas se entremezclan al mismo tiempo, requiriendo una gestión constante de tiempos y espacios y una polivalencia de conocimientos. Es un trabajo donde la diferenciación entre tiempo de vida y tiempo de trabajo es sumamente dificultosa: qué es cuidado, qué es ocio, qué es consumo, cuándo trabajo y cuándo vivo, o son ambas facetas inseparables. Si te cuidas a ti misma, ¿estás



trabajando?; si pasas una tarde hablando con un amigo, escuchándole, ¿le estás cuidando?, ¿te estás cuidando?, ¿os estáis cuidando o simplemente pasáis un buen rato?, ¿si lo pasas bien no trabajas?... Los cuidados atraviesan desde las actividades más rutinarias, aburridas y, a veces, desagradables, a otras muy placenteras. Cuidado es transversalidad.

Y cuidado es invisibilidad, pero no una invisibilidad lineal u homogénea, sino «esta múltiple invisibilidad que rodea al trabajo doméstico».²⁴ Es invisible porque la dependencia es siempre unidireccional: los hogares dependen de los mercados y las amas de casas del cabeza de familia que trae el dinero. Es invisible en la medida en que no recibe reconocimiento social, ya que, como hemos comentado, cuidar es algo socialmente infra/desvalorizado. Invisibilidad puede referirse a la ausencia de remuneración (trabajo gratuito y, por tanto, inexistente en la estadísticas que marcan el bienestar, el dichoso crecimiento económico); o a la ausencia de prestaciones: paro, jubilación, bajas... o a la ausencia de regulación legal cuando el trabajo es gratuito o ilegal; o a la existencia de una legislación que establece que trabajo doméstico/de cuidados es un empleo de segunda categoría,²⁵ o a la interconexión de la invisibilidad del trabajo con la invisibilidad de la persona (inmigrantes sin papeles, que no pueden necesitar cuidados y que oficialmente no cuidan a nadie); o a la ausencia de normas legales o sociales que demarquen las condiciones laborales, los horarios, las vacaciones; o, incluso, a la ausencia de nombres, porque habiéndonos acostumbrado a ordenar la realidad en compartimentos estancos, algo tan transversal se nos escapa. Distintas formas de organizar los cuidados denotan diferentes combinaciones de invisibilidad.

Pero toda esta estructura está en proceso de transformación acelerada. Por un lado, en los países del centro de la economía global, estamos presenciando lo que llamaremos una crisis de los cuidados; por otro, en los países de la periferia, cínicamente llamados «en desarrollo», asistimos a una crisis a gran escala de la (re)producción social, de la posibilidad misma de sostenibilidad de la vida. Ambos fenómenos se están imbricando para dar lugar a un cierre reaccionario de ambas crisis, con implicaciones muy serias para el feminismo y, en general, para cualquier movimiento por la justicia y la dignidad, por la posibilidad de autodeterminación de la propia vida y contra la explotación en aras de la maximización del beneficio.

2. Dimensiones globales de dos crisis

2.1. Los cuidados en crisis

En los países de capitalismo avanzado, el modelo familiar fordista, basado en el «hombre ganador de ingresos – mujer ama de casa», entra en una crisis paulatina pero inexorable que se hace plenamente manifiesta a partir de la década de 1970. Como ya hemos señalado, se trataba de un modelo ideal, una mistificación que, generalizada y convertida en imagen ahistórica, ha servido con frecuencia para ocultar el hecho evidente de que las mujeres estuvieron presentes en el mercado laboral desde los inicios de la industrialización. Esto no quiere decir que su papel fuera idéntico al de los hombres: si trabajaban a cambio de un salario, su actividad se concentraba fundamentalmente en

²⁴ Anacaona (Bélgica), «Las Voladoras. O de la migración internacional de las mujeres latinoamericanas», manuscrito inédito, se puede consultar en: <http://www.sindominio.net/karakola/precarias/cuidadosdossier.htm>

²⁵ La regulación legal del trabajo doméstico refleja claramente su consideración como un trabajo a medias. Es una legislación específica, separada del régimen general por el que se rigen la gran mayoría de los empleos. Se acerca más al régimen de autónomos que al de asalariados, por lo que la gran mayoría de las empleadas de hogar no están dadas de alta en la seguridad social. No es obligatorio el contrato escrito. La relación laboral puede extinguirse por la pura arbitrariedad de la persona empleadora y las indemnizaciones por despido son ínfimas. La jornada laboral está totalmente indeterminada en la medida en que no existe límite para el número de horas en las que la trabajadora debe estar disponible si es requerida (lo que se llama legalmente tiempo de disponibilidad). Aunque el salario es igual al salario mínimo interprofesional, la empleadora puede descontar hasta un 45% del salario en concepto de mantenimiento y alojamiento. La ley no da derecho al subsidio por desempleo ni por enfermedad profesional; no da derecho tampoco a cobrar el salario hasta el vigésimo noveno día de enfermedad; la situación de incapacidad laboral transitoria no exime de la obligación de cotizar... Esta situación de absoluta precariedad queda reflejada en el siguiente comentario surgido en uno de los talleres: «Pregunta – Normalmente esto [la legislación] no lo conocen mucho los empleadores, gracias a dios. Respuesta – Efectivamente, casi es mejor ni decirlo. (risas)». Nuestros agradecimientos a la abogada Arantxa Zaguirre por toda esta información.

²⁶ En la siguiente tabla se puede observar la paulatina incorporación de la mujer a la «población activa» (es decir, al conjunto de población involucrada en algún tipo de actividad económica contabilizada como tal según los parámetros de la economía clásica) y su desplazamiento gradual hacia el sector servicios en los países de capitalismo avanzado (Europa, Norteamérica, Japón, Australia y Nueva Zelanda).
Fuente: bases de datos de la OIT.

Tabla II: Población Activa en Países de capitalismo avanzado: porcentajes por sexos y por sector de actividad.

	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990
	HOMBRES					MUJERES				
TOTAL	61.18	58.76	57.65	58.29	53.33	30.61	31.82	34.91	38.90	41.66
Agricultura	31.84	23.43	16.02	12.31	10.05	40.66	30.97	19.08	12.42	8.04
Industria (total)	37.40	41.66	44.60	43.98	40.63	22.56	25.6	28.09	27.43	23.58
Industria (manufactura)	-	-	-	28.10	25.56	-	-	-	23.36	19.83
Servicios	30.76	34.91	39.38	43.71	49.32	36.78	43.43	52.84	60.15	68.38

²⁷ Expresión acuñada por M.J. Izquierdo y que para Cristina Carrasco «simboliza el estar y no estar en ninguno de los dos lugares y las limitaciones que la situación comporta bajo la actual organización social». Véase Carrasco, C., «La sostenibilidad de la vida humana», *op. cit.*

²⁸ Es muy interesante observar, en este sentido, la evolución de las estadísticas de «población activa» por sexo y por edad en los países de capitalismo avanzado: la incorporación de la mujer avanza década tras década, pero sobre todo se modifican sus pautas. Mientras

la agricultura y, en menor proporción, en la industria textil y de maquinaria ligera; pero, sobre todo, las mujeres tendían a funcionar como «variable de ajuste» de la economía familiar y de las economías nacionales: entraban y salían del mercado laboral en función de las necesidades de ingresos monetarios del núcleo familiar, del ciclo demográfico de la familia, de las necesidades de cuidados de sus miembros y de la demanda de mano de obra femenina; así mismo, se las ingeniaban para hacer cuadrar las entradas de dinero con los gastos e inventaban mil estrategias alternativas de obtención de recursos cuando los ingresos monetarios no llegaban. Hacían de bisagra entre la lógica del beneficio y la lógica del cuidado y, como ya hemos señalado, eran las principales agentes y responsables de esta segunda. Este papel de bisagra y la tensión que llevaba implícito es lo que la imagen del «hombre ganador de ingresos – mujer ama de casa», como modelo ideal hacia el que las familias debían tender, patrocinado activamente por empresarios, Estado e Iglesia, venía a tapan, a acallar, a cerrar. Esta imagen era, pues, una mistificación, pero una mistificación tremendamente eficaz, que dotaba de solidez a la institución familiar.

Sin embargo, a partir de cierto momento, la imagen empieza a hacer aguas. Expliquemos paso a paso por qué. En primer lugar, el crecimiento de la demanda de mano de obra femenina avanza paulatina e inexorablemente en todos los países del centro de la economía global, en especial con la expansión del sector servicios, que descubre la preciosa utilidad de las capacidades comunicativas y del saber-hacer relacional que las mujeres adquieren en el adiestramiento familiar sexualmente específico.²⁶ No obstante, esto no se traduce en una modificación de los roles en el seno familiar, ni en una redistribución de las tareas, con lo cual el resultado es la intensificación de la tensión entre la lógica del cuidado y la lógica del beneficio que las mujeres experimentan en su propio cuerpo, en forma de doble presencia-ausencia,²⁷ y que las convierte en trabajadoras atípicas y en amas de casa culpabilizadas.

Al mismo tiempo, la segunda ola del movimiento feminista convierte a la institución familiar en uno de sus principales blancos de ataque, poniendo en entredicho la naturalidad del papel histórica y socialmente asignado a las mujeres en su seno, produciendo nuevos imaginarios y nuevos modelos de convivencia y generando nuevos deseos de lo que una podía llegar a hacer y a ser en esta vida. Muchísimas mujeres empiezan a plantearse la incorporación al mercado laboral ya no como una forma de cubrir las necesidades de sus familias, sino como un mecanismo de independencia y autonomía propio (e incluso de autorrealización),²⁸ e inauguran luchas multitudinarias por el derecho a decidir si tener hijas/os o no y el tamaño de sus familias.²⁹

A la voz de las feministas, se suma la de otras luchas metropolitanas de las décadas de 1960 y 1970 que, con su deseo de movilidad y de creatividad, con su rechazo del trabajo y de la disciplina, con su reivindicación de la singularidad, contribuyen a agujerear no sólo la ya maltrecha mistificación de la familia feliz en la que el hombre traía ingresos y la mujer cuidaba de la armonía y de la salud colectivas, sino el conjunto de instituciones disciplinarias características del fordismo (familia, escuela, fábrica, manicomio, etc).



que, en la década de 1950, puede verse que las mujeres se incorporaban muy pronto al mercado laboral (15-19 años) y el pico de su tasa de actividad (económicamente reconocida) se registra entre los 20 y los 24 años, para luego bajar coincidiendo con sus años de mayor fecundidad, volviendo a subir ligeramente tras la crianza de los hijos (entre los 35 y 49 años) y finalmente inicia un nuevo descenso en la vejez (a este comportamiento se le conoce como modelo de «M», véase Carrasco, 2001), a medida que pasan los años se aprecia una homogeneización del comportamiento con respecto al varón: es decir, que los periodos de mayor actividad económicamente reconocida coinciden con los periodos de mayor desarrollo de las propias facultades en el ciclo vital de un individuo (modelo de «U» invertida). Pero ¿cómo hacen las mujeres para compatibilizar este modelo masculino con las actividades de cuidados que todavía corren de su cargo?

²⁹ Conviene destacar la importancia crucial que tuvieron estas luchas, no sólo desde el punto de vista de la vida de las mujeres (que no es poco), sino también de su potencial desestabilizador para la economía fordista. Como dice Mariarosa Dalla Costa, feminista autónoma italiana, muy activa en la década de 1970, las grandes luchas de fábrica de finales de las décadas de 1960 y 1970 en Italia afectaron sin duda al capital, pero la decisión de las mujeres italianas desde finales de la década de 1960 de luchar por un tamaño de familia por debajo de los niveles de sustitución tuvo probablemente un efecto mucho mayor. Véase Dalla Costa, M., «Riproduzione e emigrazione», en Serafini, A. (ed.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Feltrinelli, Milán, 1974.

³⁰ «[L]a introducción masiva de la mecanización y de la idea de cooperación interna y la flexibilización del proceso productivo, aprovechando las nuevas tecnologías informáticas, se combinan para disgregar la gran fábrica, difundirla en el territorio, hacerla más dúctil y móvil frente a las oscilaciones de la demanda y facilitar el control de la mano de obra y la deslocalización de fragmentos del ciclo productivo a áreas con menor tradición de lucha obrera y/o condiciones de explotación más propicias para las empresas», en Grupo de trabajo sobre racismo y migraciones de la IAP de Lavapiés, «Inmigración, emergencia, seguridad», en *Contrapoder*, 6, Madrid, 2002, pp. 39-46. <http://revistacontrapoder.net>

³¹ Que desde luego, no se producen de la noche a la mañana, sino que cobran materialidad y efectividad a través de una sucesión de batallas, ofensivas y contraofensivas cuyo final no estaba predeterminado.

³² Gracias a los avances médicos e higiénicos, se extiende la esperanza de vida, pero, al mismo tiempo, en conexión con los nuevos horizontes e imaginarios femeninos (no acompañados de una redistribución de las tareas de cuidados entre los sexos), con la crisis de la institución familiar y con los procesos de precarización y atomización social, disminuye drásticamente el índice de natalidad.

³³ En el Estado español, en cierta medida, puede decirse que el desmantelamiento del Estado del bienestar no ha sido (no está siendo) un proceso tan lineal. Es decir, procesos de recortes de prestaciones y de privatización de servicios se compaginan con el reconocimiento de nuevos derechos (como, por ejemplo, los servicios de educación infantil o las prestaciones por

Estas luchas fueron derrotadas. Combinadas en Europa y solapadas en Estados Unidos con las luchas del obrero de la gran fábrica, conjugadas a escala global con la proliferación de los movimientos de liberación nacional y de las luchas por la independencia en el Tercer mundo, habían desbaratado la tasa global de beneficio, desencadenado una fuerte crisis de gobernabilidad en distintos países y puesto en un brete los pilares del modelo de expansión económica del fordismo. Pero los centros financieros, en colaboración con las elites gobernantes del Primer mundo, no estaban dispuestos a perder el control. Su contraofensiva reestructuradora (y exitosa) incluyó, entre otras cosas, la reestructuración de la gran fábrica³⁰ (acompañada, primero, de políticas represivas y de despidos en masa, sancionada, a continuación, por una serie de reformas legales que supusieron un drástico recorte de las garantías y de los derechos laborales), el desmantelamiento del Estado del bienestar y la reordenación despótica (y especulativa) del territorio. Este conjunto de fenómenos³¹ no sólo se traducen en una derrota de la multiplicidad de sujetos, «viejos» y «nuevos», que habían sacudido el mundo agitados por un rabioso deseo de transformación y en la reutilización capitalista distorsionada de muchos de sus lemas, expresiones y deseos, sino que sientan las bases del modelo de desarrollo y de explotación actual. Su complejidad y multidimensionalidad escapa con mucho el tema y el objetivo de este escrito, pero si los mencionamos aunque sea brevemente es porque introducen unas cotas de movilidad laboral forzada, una vulnerabilidad y precariedad en el empleo y una situación de atomización social que problematizan ulteriormente la posibilidad de compaginar un empleo con la gestión de un hogar y con el trabajo de cuidados en general.

Si a la compleja imbricación de todos los factores mencionados añadimos un elemento más (la inversión de la pirámide poblacional),³² nos encontramos con un incremento de las necesidades de cuidados, que se topa con una creciente dificultad para satisfacer estas necesidades. Es a esto a lo que llamamos «crisis de los cuidados». Ante ella, la responsabilidad de salir a flote y no morir en el intento sigue recayendo fundamentalmente en manos y corazones de mujeres: el Estado continúa inexorable su retirada (que pasa también por la privatización, y consiguiente precarización, de los pocos servicios de atención que todavía cubre)³³ y los hombres como grupo social no parecen querer o acabar de enterarse, mientras las mujeres se las apañan para reorganizar sus tiempos vitales, desarrollar nuevas estrategias de compatibilización entre empleo(s) y responsabilidades de cuidados no remuneradas, redistribuir estas responsabilidades con otras mujeres del propio entorno (en la mayoría de los casos, en sentido intergeneracional: la materialidad no siempre feliz de esta estrategia tiene su ejemplo extremo en el síndrome, diagnosticado clínicamente, de las «abuelas esclavas») y, por último (aunque en porcentaje todavía muy pequeño), contratar en el mercado servicios de cuidados y atención.³⁴ Efectivamente, el capital es el único que se ha tomado la crisis de cuidados en serio y ha visto en ella un nuevo terreno de valorización, como parte de una estrategia más amplia de diversificación y expansión de un mercado saturado por los fuertes niveles de competencia impuestos por la globalización y por la limitación del poder adquisitivo. Extremando el análisis, cabría decir que se registra una tendencia a la externalización de las tareas que el ama de casa realizaba (y todavía la gran mayoría de mujeres realizan, pero bajo condiciones de precariedad de tiempos y espacios) bajo el régimen familiar patriarcal y una subsunción de las mismas en un mercado vastísimo y diversificado que incluye, bajo la lógica del beneficio, desde la reproducción biológica de la vida humana hasta el sexo o la escucha y la atención. Con ello, se genera una demanda de mano de obra femenina para desempeñar estas funciones

de cuidados recientemente mercantilizadas y salarizadas. Más adelante, exploraremos los modos en los que se está produciendo esta capitalización de los cuidados y sus consecuencias paradójicas para el caso de la contratación de mujeres migrantes. Pero, antes, echemos un vistazo a otra región del globo, la que forman los países de la periferia de la economía global.

2.2. La sostenibilidad de la vida en crisis

El otro gran fenómeno que nos interesa abordar es el de la crisis, no ya de los cuidados, sino de la posibilidad misma de sostenibilidad de la vida en lo que laxamente llamaremos países del Sur, que incluyen dos tercios del conjunto del planeta (África, América Latina y el Caribe, Asia –con excepción de Japón–, Melanesia, Micronesia y Polinesia). Efectivamente, a partir de la década de 1980, los organismos financieros internacionales, en la mayoría de los casos en alianza con las elites gobernantes nacionales, empiezan a imponer en el Sur del mundo una serie de Planes de Ajuste Estructural y otros paquetes de medidas económicas liberalizadoras (ligados a los mecanismos de acceso al crédito internacional y al pago de la deuda externa y de sus intereses) que, encadenados de manera nada fortuita con guerras y formas de violencia endémica, han ido socavando paulatinamente las posibilidades de subsistencia fuera del mercado, pero también dentro de los mercados nacionales del Sur.

En primer lugar, los procesos de privatización de los recursos naturales (expropiación y tasación de tierras, registro de patentes sobre recursos naturales específicos y aprobación de leyes de propiedad intelectual restrictivas, expropiación y explotación intensiva de bosques, recursos acuíferos, etc...) que estos planes ponen en marcha destruyen múltiples formas de agricultura de subsistencia y otros modelos económicos no monetarizados de sostenibilidad de las comunidades humanas, creando grandes masas de mujeres y hombres que, expropiadas/os de los medios materiales que hasta ese momento aseguraban su supervivencia, pero también de su modo de vida y de su universo vital, se ven obligadas/os a buscar fuentes de ingresos monetarios para vivir. Como bien señala el *Midnight Notes Collective*, esta dinámica resuena estremecedoramente con la práctica capitalista de expropiación y tasación de la tierra que, en los tiempos de la acumulación originaria, permitió imponer una disciplina de trabajo asalariado que, de otro modo, nadie hubiera estado dispuesta/o a soportar. En aquel momento, la expropiación de grandes masas de población de sus medios de producción fue un prerequisite imprescindible para la consolidación del modo capitalista de producción; hoy, sigue siéndolo para la continuación y para la constante expansión de su dominio.³⁵

Pero esto no es todo: los Planes de Ajuste Estructural y otras políticas de liberalización económica, así como la presión del pago de la deuda externa y sus intereses, atacan también la posibilidad de obtención de ingresos monetarios para la población de los países del Sur, fundamentalmente a través de la privatización (y precarización de las condiciones laborales) de las empresas públicas, la institución de un modelo de desarrollo industrial y agrícola de producción orientado a la exportación, la introducción en algunas regiones de Zonas de Libre Comercio, en menoscabo de la industria local, pero sobre todo de los derechos laborales locales, el salvaje

m/paternidad). Pero esto se debe a los niveles de cobertura social tan ínfimos de los que se partía cuando la oleada global privatizadora y reestructuradora se puso en marcha.

³⁴ Véase Pérez Orozco, A. y Río, S. del, *Precariedad y cuidados. Informe inacabado para la comisión contra la precariedad*, 2003, manuscrito inédito.

³⁵ Véase *Midnight Notes Collective*, (ed.), *Midnight Oil. Work, Energy, War, 1973-1992*, Autonomedia, Nueva York, 1992; también Dalla Costa, M., «Development and Reproduction», en Dalla Costa, M. y Dalla Costa, G.F. (eds.), *Woman, Development and Labor of Reproduction. Struggles and Movements*, Africa World Press, Asmara, Eritrea, 1999.

³⁶ Véase Dalla Costa, M. y Dalla Costa, G.F. (eds.), *Woman, Development and Labor of Reproduction*, *ibid.*

³⁷ Federici, S., «Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor», en Dalla Costa, M. y Dalla Costa, G.F. (eds.), *Woman, Development and Labor of Reproduction*, *op. cit.* pp. 53-54.

³⁸ La crisis de sostenibilidad de la vida en el Sur también está generando una nueva oleada de movimientos, en especial contra la privatización de los recursos naturales: el movimiento zapatista en México, el MST en Brasil y el movimiento Chipko en la India constituyen algunos de los ejemplos más esperanzadores.

³⁹ Federici, S., «Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor», pp. 55, *op. cit.*

recorte del gasto gubernamental en servicios sociales, las sucesivas congelaciones salariales y una serie de colapsos financieros resueltos con devaluaciones de moneda, dolarizaciones y «corrallitos» varios. Estos «paquetes» de medidas reestructuradoras y los fenómenos concomitantes han desencadenado lo que algunas autoras³⁶ llaman una «crisis de la reproducción social» en el Tercer Mundo y nosotras preferimos definir como una crisis de la sostenibilidad de la vida, en nuestro esfuerzo por salirnos de las gramáticas economicistas y de buscar categorías capaces de romper la equivalencia, machaconamente repetida por el neoliberalismo, entre el mercado capitalista y lo real. Con esta crisis, se borra «la conquista más importante de la lucha anticolonial: el compromiso por parte de los nuevos Estados independientes de invertir en el bienestar del proletariado nacional», plasmado durante la década de 1960 en la aplicación de planes de desarrollo basados en una estrategia productiva de sustitución de las importaciones que debía garantizar cierto grado de autonomía industrial.³⁷

Es decir, por un lado, se expropia a vastos grupos de población de sus posibilidades de subsistencia fuera del mercado, pero, por otro, el acceso a ingresos monetarios se ve reducido y, sobre todo, precarizado. La combinación de ambos procesos, junto con otros elementos como el rechazo a someterse a los altos niveles de explotación registrados en muchos de los lugares posibles de empleo, en especial, en las explotaciones agrícolas y en las plantas manufactureras deslocalizadas (pensemos, como ejemplo paradigmático, en las *maquilas*), la sensación de «no futuro» ante la inestabilidad financiera nacional, la búsqueda de entornos vitales y modelos de vida menos opresivos (en especial, en el caso de las mujeres), el deseo de transgredir fronteras y pautas culturales que encierran a los sujetos y reducen sus posibilidades de acción e imaginación, la proximidad lingüística y cultural creada por la colonización primero y por el turismo y la hegemonía cultural mediática del modelo de vida occidental después,... genera un vasto movimiento migratorio, en sentido campo-ciudad y Sur-Norte, de dimensiones bíblicas.³⁸ Un dato muy esclarecedor para hacerse una idea de la magnitud del fenómeno es el peso económico de las remesas que las/os emigrantes envían a sus países de origen: éstas representan el segundo flujo monetario internacional más importante, después de los réditos de las compañías petroleras, y en algunas partes del mundo (por ejemplo, en México) sostienen a pueblos enteros.³⁹

Pero este movimiento migratorio se encuentra regulado por un conjunto de políticas restrictivas y de procesos de militarización de la frontera y de criminalización de la migración que tienen una función no de barrera, sino de sistema de esclusas gestionado por un conjunto múltiple de agentes (entre los que se encuentran la policía de aduanas, los consulados, las agencias de viajes, las ONG's y las iglesias, los *coyotes*, el ejército, etc.) que asegura la disponibilidad de una mano de obra en los países de destino absolutamente desprotegida, chantajeable y privada de la práctica totalidad de los derechos reconocidos como fundamentales en las sucesivas Declaraciones. No sólo el estatus legal de las personas migrantes contribuye a esta situación: el subproducto de las dificultades impuestas políticamente a la inmigración es un amplio mercado subterráneo de precios prohibitivos en torno a la travesía migratoria que obliga a las/os emigrantes a contraer deudas cuyo pago les somete a una presión parangonable a la que sufren en otra escala sus países de origen y que, en ocasiones, constituye el fundamento material de nuevas formas de trabajo embridado o de esclavitud. Makhijani establece un acertado paralelismo entre esta situación y

el sistema de apartheid sudafricano, con su complejo sistema de pases y visas por el cual la movilidad era fácil para una minoría (blanca) y difícil para una mayoría (negra), acuñando la expresión «apartheid global».⁴⁰

Con todo, este panorama siniestro no nos debe llevar a pensar en las/os emigrantes como pobres víctimas desesperadas a las que no queda otra opción, empujadas por una causalidad ineluctable: con frecuencia, quienes emigran son personas que disponen de ciertos recursos (por lo menos, los suficientes para invertir en el viaje), pero sobre todo que están dotadas de la osadía y del espíritu emprendedor imprescindibles para lanzarse a una travesía migratoria plagada de obstáculos, algunos mortales.⁴¹ Muchas/os de ellas/os lo hacen en nombre propio, movidos por sueños e imágenes de lo que podría ser una vida mejor, otros, y en especial otras, lo hacen en nombre de personas que están a su cargo o de comunidades enteras. Cierto es que los viajes de todas/os ellas/os están reconfigurando la geografía física y mental de los países de origen y de destino.

Dentro de este movimiento migratorio, según estadísticas de la OIT, más del 50% de emigrantes del Tercer mundo son mujeres. De ellas, la mayoría viene llamada por la demanda en el sector de los cuidados y de los servicios en general (sobre todo en el turismo) a cuya expansión en los países de capitalismo avanzado ya nos referimos anteriormente. He aquí, pues, el punto en el que la crisis de cuidados en las regiones centrales de la economía global se concatena con la crisis de sostenibilidad de la vida en el Sur, generando un verdadero «trasvase afectivo» o de los cuidados en dirección Sur-Norte, cuyos agentes son miles y miles de mujeres capaces de liarse la manta a la cabeza y de apostar por un futuro incierto preferible a las penurias presentes. Este trasvase se produce bajo distintas modalidades. Las principales de ellas son: el empleo a gran escala de mujeres emigrantes de Asia, África, el Caribe y América Latina como trabajadoras domésticas en los países occidentales, así como en países petroleros de Oriente Medio; la extensión del fenómeno de las «madres alquiladas» y el desarrollo de un amplio «mercado de niñas/os» internacional a través del mecanismo de las adopciones; la masificación, sobre todo en algunos países de Asia (Tailandia, Corea del Sur, Filipinas), de la industria del sexo y del turismo sexual y el enorme aumento del número de mujeres del Tercer mundo y de los antiguos países socialistas que trabajan como prostitutas en Europa, Estados Unidos y Japón; la expansión e internacionalización del contrato de esposas por correo. Los recorridos y flujos humanos y monetarios que materializan concretamente este trasvase afectivo y sus distintas modalidades forman parte de lo que Sassen denomina «contrageografías de la globalización».⁴² Representan una verdadera redistribución del trabajo de cuidados a escala global, que constituye una de las piezas esenciales de la conformación de una nueva división del trabajo y de una reestratificación de la fuerza de trabajo mundial en función de nuevos ejes de clase, sexo, raza y país de origen.

⁴⁰ Makhijani, A., «Economic Apartheid in the New World Order», en P. Bennies y M. Mushabeck, (eds.), *Altered States. A Reader in the New World Order*, Olive Branch Press, Nueva York, 1993.

⁴¹ Para un desarrollo de esta argumentación, véase Boutang, «El arte de la fuga», en *Contrapoder*, 6, Madrid, 2002, pp. 47-53 y, sobre todo, el libro del mismo autor *De la esclavitud al trabajo asalariado* de próxima publicación en la editorial Akal.

⁴² Sassen, S., *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.



2.3. Algunas consecuencias inquietantes

Entonces, tenemos una crisis de cuidados en el Norte, una capitalización del vasto terreno de los cuidados que antes aparecían representados en la figura del ama de casa como uno de los mecanismos de salida de la crisis, una demanda de mano de obra preparada (a nuestro juicio, «cualificada») para desempeñar estas tareas recientemente salarizadas, es decir, femenina (lo cual permite aprovechar el social adiestramiento secular de las mujeres en el seno de la familia para la producción de beneficio), una crisis de sostenibilidad de la vida en el Sur y un trasvase de trabajo de cuidados Sur-Norte dentro de un marco de criminalización de la inmigración que hace vulnerables y chantajeables a los hombres y mujeres que emigran para cuidar. ¿Cuáles son las consecuencias de esta compleja articulación de fenómenos? ¿Qué implicaciones políticas tienen, para todos los movimientos de transformación y, en especial, para el feminismo?

En primer lugar, vemos cómo se reafirma la hegemonía de un ideal masculino capitalista que exalta y mitifica un modelo de autonomía e independencia individual que es incompatible con la vida en común o sólo compatible a costa de la subordinación y la invisibilización del trabajo de otras/os. Un ideal que coincide a la perfección con el *homo economicus* de la economía neoliberal, pero también con otras ideas *desancladas* de libertad, aparentemente más progresistas. Al mismo tiempo, la tensión entre la lógica del cuidado y la lógica del beneficio, intensificada como hemos visto, se globaliza con la externalización del hogar y la contratación de servicios de cuidados a mujeres que vienen del Sur. La expresión más vívida de esta globalización son las cadenas mundiales de afecto, traducción posindustrial del ama de casa bisagra (entre la lógica del cuidado y la del beneficio) y parachoques (de los *shocks* macro y microeconómicos) del fordismo. En ellas nos detendremos más adelante. Ahora nos basta con señalar, brevemente, cómo esta modalidad de la globalización está introduciendo nuevas segmentaciones y jerarquías entre mujeres que consolidan los mecanismos de explotación femenina. Se trata de divisiones que no son nuevas (pensemos en la relación entre la Señora y la Criada que se daba, por ejemplo, en las familias de clase alta, marcada, en los contextos coloniales, por una determinante de raza): lo que sin duda es novedoso es la escala en la que se presentan, su papel en la estratificación de la fuerza de trabajo femenina, las preguntas y desafíos que plantean para el feminismo. Mientras muchas mujeres occidentales tienden hacia el modelo de independencia y autorrealización masculino (no sin trabas: lo hacen con varios pies todavía en el hogar, poniendo a trabajar sus cualidades relacionales y afectivas para el beneficio de las empresas y convertidas en blanco de ataque de una contraofensiva conservadora que las hace responsables de la crisis de los cuidados y las llama a volver al hogar), la imagen de la mujer como cuidadora y como objeto sexual se relanza, encarnada en los cuerpos de las mujeres del Sur. De este modo, justo cuando esta imagen parecía empezar a ceder en las sociedades del Norte, vuelve a instalarse en nuestros hogares, en nuestras calles y en las pantallas de nuestros televisores.

En segundo lugar, con la capitalización del cuidado, se produce un efecto paradójico con respecto a su valorización. Por un lado, se registra, como hemos visto, una expansión de una industria de afectos y cuidados increíblemente diversificada, que incluye desde agencias matrimoniales

a *chats* y *partylines*, desde cursos de técnicas de relajación hasta editoriales de autoayuda, desde teleconsultorios amorosos a servicios de teleasistencia a mayores, y que cuenta con servicios de alto valor añadido (los masajes y los servicios sexuales o el turismo de lujo son buenos ejemplos). Pero esta expansión lleva implícita la lógica económica de la escasez: de bien desmesurado, proliferante, transversal, el cuidado se convierte dentro del mercado en un bien escaso y segmentado al que sólo tiene acceso quien pueda pagar. Por otra parte, asistimos a una fuerte jerarquización de los distintos tipos de servicios, de tal manera que mientras que los servicios de atención a personas autónomas, que cabría considerar más superfluos, están altamente valorados, los servicios de atención a personas dependientes (niñas/os, personas ancianas, enfermas, etc) conservan unas cotas de invisibilidad y de desvalorización que aseguran (en combinación con otros elementos, como las políticas restrictivas de extranjería o la escandalosa legislación laboral en materia de trabajo doméstico) el bajo coste de la fuerza de trabajo en un momento de demanda intensiva de mano de obra en el sector. Por último, es preciso añadir una paradoja más para completar el cuadro: en todos los servicios de cuidado y atención se da un fuerte contraste entre el valor social y el peso económico que tiene el servicio en sí y la posición subalterna dentro del mercado laboral de las mujeres (y algunos hombres) que trabajan en él, tanto desde el punto de vista simbólico como monetario y de derechos.

En tercer lugar, la sensación de incertidumbre sobre quién nos cuidará en los momentos de enfermedad y de vejez, unida a la incertidumbre de la posibilidad de acceso a los recursos necesarios para una existencia digna y a la inestabilidad de unos lazos sociales construidos sobre y a pesar de un espacio social privatizado e hipersegmentado (lo que en *Precarias a la Deriva* hemos llamado «precarización de la existencia»), genera un estado de ansiedad y de pánico difuso que constituye el perfecto caldo de cultivo para unas técnicas de gobierno emergencialistas que erigen la legitimidad de los aparatos estatales sobre la construcción de enemigos ubicuos (el inmigrante, el terrorista, el criminal...), de situaciones excepcionales que requieren medidas excepcionales y de intervenciones securitarias que se traducen siempre en una intensificación del control y en un recorte de los espacios de libertad para el pensamiento y para la acción.⁴³ Es en este punto, donde la crisis de los cuidados, que corre pareja y retroalimenta la multiplicación de las arquitecturas de control, (no puede ser pura coincidencia que las principales empresas de servicios sociales sean también empresas de seguridad) resuena, en los países del Norte, con el estado de guerra global permanente que, aunque se viene anunciando desde la década de 1990, arranca de forma explícita el 11 de septiembre del 2002. La crisis de los cuidados constituye uno de los puntos de anclaje del frente interno que esta guerra abre en Occidente.

3. Las cadenas mundiales de afecto

Una vez abarcadas las crisis desde tan amplio espectro, consideramos importante ofrecer una mirada más cercana a las protagonistas y sus ubicaciones dentro del marco global. Dada la situación actual del capitalismo posindustrial vemos que la globalización ha entrado en los hogares

⁴³ Para un desarrollo de esta temática, véase, Grupo de trabajo sobre racismo y migraciones de la IAP de Lavapiés, 2002; «Inmigración, emergencia, seguridad», *op.cit.*

produciendo la globalización de los cuidados y la internacionalización de la intimidad. Los cuidados se han globalizado produciendo lo que Arlie Russell llama «las cadenas mundiales de afecto y asistencia». Las cadenas mundiales de afecto están formadas principalmente por mujeres a escala local, nacional o transnacional con el fin de transferir cuidados de una a otra, ya sea de manera remunerada o no. Normalmente, aunque no siempre, las cadenas empiezan en países más pobres y terminan en países del Norte. Un ejemplo sería una abuela, hermana mayor o cuidadora contratada en un país pobre que reemplaza a la madre porque ésta ha migrado al Norte para cuidar a las/os hijas/os o padres de otra mujer que trabaja fuera de casa.⁴⁴ Cabe recalcar que la ausencia de hombres en estas cadenas se hace notar mucho en la medida en que se traduce en una carga adicional para las mujeres. Como venimos viendo, una condición común a muchas mujeres es la doble presencia-ausencia, esa capacidad de desempeñar múltiples funciones en un sitio y a la vez gestionar otro. En el caso de las cuidadoras transnacionales (niñeras, señoras de la limpieza, amas de casa, internas) no sólo son la máxima expresión del «estoy aquí pero estoy allí» sino que, metafóricamente, son la hiper-extensión de la mujer que no da abasto, pero continúa cumpliendo su función al multiplicarse trascendiendo fronteras.

Hablar de cuidadoras y familias transnacionales desafía los análisis convencionales sobre *inmigración* que habitualmente estudian a los y las *inmigrantes* dentro del territorio de llegada ignorando el lugar de origen y su trayecto. Éstos han dado lugar a conceptos como «asimilación» o «segunda generación», ignorando los lazos que las/os migrantes mantenemos con nuestra tierra natal.⁴⁵ Hoy por hoy, la familia transnacional no sólo pone en cuestión estos análisis, sino el concepto de Estado-nación y sociedad.⁴⁶

Nos encontramos frente a un cuadro de trabajo afectivo en cadena conformado por mujeres en diferentes partes del globo, pero muy vinculadas. Para comprender la complejidad de esta cadena tenemos que mirar de cerca cuál es la subjetividad de las mujeres posicionadas en diferentes puntos de ella y reconocer la verticalidad de la cadena. Las cuidadoras transnacionales están estratificadas según sus condiciones económicas y, además, por la valoración social que reciben por desempeñar un trabajo de cuidados. Esta cadena responde a una escala de valoración y reconocimiento social que empieza en un extremo (con la mujer del Sur) y aumenta hasta llegar al otro (la mujer que contrata servicios de cuidados en el Norte). Teniendo esto en cuenta, podremos intentar comprender lo intrincado de las relaciones de poder y jerarquía que se generan entre las protagonistas.

3.1. La mujer que se queda

Las mujeres que se quedan asumiendo el cuidado de niñas/os o mayores (antes a cargo de la mujer migrante) suelen ser cuidadoras remuneradas o familiares no pagadas. El salario de las trabajadoras domésticas que se encuentran en este extremo de la cadena suele ser hasta diez veces inferior al de quien las contrata.⁴⁷ Éstas, si a su vez tienen hijas/os propias/os, organizan y planifican su cuidado solicitando la ayuda de parientes: por ejemplo, transfiriendo la responsabilidad del trabajo del hogar y de cuidados a la hermana mayor. En muchos casos, se ven obligadas a dejar a

⁴⁴ Russel Hochschild, A., «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en Giddens y Hutton, *En el límite*, Tusquets, 2001.

⁴⁵ Utilizamos el término migrante y no inmigrante precisamente para reconocer el lugar de origen y también porque como explicaremos después, las/os migrantes actuales somos más móviles.

⁴⁶ Levitt, P., *Transnational Perspectives on Migration: Conceptualizing Simultaneity*, 2003 (manuscrito inédito). Véase: www.peggylevitt.org/pdfs/cncptual_zng_smltaneity.pdf

⁴⁷ Parrenas Salazar, R., *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford University Press, 2001.

sus hijas/os solas/os desde muy temprana edad. El fenómeno del «niño/a encerrado/a» está bastante extendido, aunque se haya invisibilizado. En Latinoamérica, existe un alto índice de madres solteras que no cuentan con ningún respaldo y no tienen más remedio que dejar a sus hijas/os bajo llaves y candados durante su jornada laboral. Este fenómeno se está extendiendo en el Norte, motivo para que, a través de los medios de comunicación, se criminalice y condene a las madres «ausentes». Además del encierro, queda la penosa alternativa de llevar a las/os hijas/os al trabajo, al alto precio de interiorizar un estatus de inferioridad, así como la entrega gratuita de mano de obra infantil, ya que terminan asistiendo a sus madres sin remuneración.⁴⁸

La situación económica de las trabajadoras asalariadas no se ve alterada por la cadena, puesto que no reciben los beneficios de las remesas enviadas y, por el contrario, continúan inmersas en el intento de sustentar la vida a pesar de la inflación, los costes y su salario irrisorio. Sin embargo, la mayoría de las cuidadoras que se quedan en ese extremo son familiares de la migrante a consecuencia de una elección basada en la misma lógica de su contratante en el Norte: «no dejar a sus hijas/os con cualquiera». Las cuidadoras familiares, abuelas, tías, hermanas, se encuentran en una situación distinta a la de las contratadas, porque ellas sí experimentan una movilidad social ascendente, al beneficiarse de los envíos de dinero. Estas familias que se encontraban con economías apretadas, sin poder llegar a fin de mes, empiezan a sentirse más holgadas.

Estas mujeres desempeñan tareas en la cotidianeidad asumiendo gran parte de la toma de decisiones, pero no de forma aislada, gracias al vínculo apretado que mantienen con la migrante. La decisión de quién viajará, cómo y cuando se toma de manera colectiva y estudiada, lo cual marca un precedente para la comunicación constante y la consulta familiar para cualquier gestión de la familia. Por eso, la idea de «familia rota» no es muy precisa y tenemos que repensar en qué terreno toman lugar los procesos sociales, la reproducción social o las actividades, actitudes, responsabilidades y relaciones requeridas para el sostenimiento de la vida cotidiana.⁴⁹

3.2. La mujer que migra

La mujer que viaja está multi-situada y, desde ese amplio posicionamiento geográfico, consigue dislocar y escindir su afecto y, a la vez, gestionar su hogar a distancia. La proliferación de locutorios, tarjetas telefónicas con tarifas especiales a países del Sur, cibercafés concurridos por migrantes que se comunican con sus familias a través de webcams y chats, son unos pocos indicadores de la doble presencia y de los medios que permiten movilidad. Abordar a la migrante desde sus múltiples localizaciones subraya la importancia de las tensiones y contradicciones generadas por su propia movilidad.

En el mundo conexionista de Chiapello y Boltanski, un mundo en red, poder desplazarse de manera autónoma, no sólo geográficamente, sino entre personas, entre espacios mentales, entre ideas, es

⁴⁸ Romero, Mary, *Unraveling Privilege: «Workers' Children and the Hidden Costs of Paid Childcare»*, en <http://lawreview.kentlaw.edu/articles/76-3/romero%20macro3.pdf>

⁴⁹ Laslett and Brenner, citado por Levitt, P., «Transnational Perspectives on Migration», *op. cit.*



un elemento esencial para tener poder y más libertad. Por otro lado, cuanto más inmóvil, más excluidas/os y explotadas/os. En el entretejido de la cadena de cuidados, habita una tensión entre extremos, dejando al descubierto cómo unas son más móviles gracias a la inmovilidad de otras (la migrante móvil viaja gracias a que una se queda en su lugar y la contratante del Norte puede ir a trabajar gracias a la permanencia de la cuidadora remunerada en su hogar).⁵⁰ No obstante, existen diferentes grados de movilidad: no todas las cuidadoras transnacionales gozan del mismo poder de desplazamiento. Mujeres casadas y con hijas/os son menos móviles en el sentido de que se sienten atadas a la idea de volver, a no renunciar a un trabajo en condiciones inhumanas por el hecho de ser el sustento principal de su familia (aparte de ataduras interiorizadas, la fidelidad cristiana o los valores de la sociedad sobre la familia nuclear).

La cuidadora transnacional es la encarnación total de las paradojas más contradictorias del capitalismo neoliberal. Recordemos que la mujer que se va es a la vez la que viene, provocando una doble identidad con contenidos opuestos aparentemente inconciliables. Por un lado, la mujer que migra deja una ausencia en el hogar y en la sociedad y se convierte en causante explicativo de los problemas sociales. Esta mujer se encuentra en medio de la culpabilización, casi siempre interiorizada, y el reconocimiento social de sus bien recibidas remesas. Es el chivo expiatorio que justifica el deterioro de las relaciones de convivencia y el aumento de la criminalidad en el país emisor de mano de obra, pero que, a su vez, se convierte en «salvadora» en el país de llegada gracias a su transferencia afectiva como figura clave en el trabajo de cuidados. A la migrante, no obstante, no se le valora su trabajo de cuidados: el reconocimiento surge sólo cuando su trabajo se manifiesta en forma de *migra-dólares* y no durante el proceso afectivo.

Quien viene a trabajar experimenta un duro proceso de adaptación a una nueva identidad asignada prácticamente de manera instantánea al salir del aeropuerto.

P— ¿Qué es lo que usted se imagina cuando yo le digo migración?

R— Estar fuera del país o sea ir de extranjera a otro país ser...

P— ¿Qué significa para usted eso afectivamente?

R— Estar lejos de la tierra de uno que es lo más triste... cómo hemos salido, y es una tristeza estar de inmigrante con papeles o sin papeles, es una tristeza.⁵¹

El ser *inmigrante* contiene símbolos peyorativos a los que enfrentarse. Asimismo, las migrantes se sitúan en medio de la tensión ocasionada por la ávida demanda del trabajo de cuidados en un extremo y mensajes de rechazo y xenofobia a nivel mediático y social en el otro. Además, sumando todas estas contradicciones, vemos que cuanto más se desterritorializa el capital, más se levantan muros y leyes restrictivas que impiden el flujo de migrantes. De esta manera, las y los migrantes se enfrentan a la criminalización y persecución constante por parte del Estado, cuando es la propia producción capitalista la que no puede prescindir de su mano de obra.⁵² Las trabajadoras domésticas se ven sometidas a las limitaciones impuestas por la ley de extranjería que, a menudo, dificulta la reagrupación familiar.⁵³ La desprotección legal las deja en situaciones de absoluta vulnerabilidad ante la explotación, la violencia y los malos tratos. No tener

⁵⁰ Boltanski, J. L. y Chiapello, E., *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, 2002.

⁵¹ Entrevistas a mujeres ecuatorianas en el parque del Oeste. Deriva con trabajadoras domésticas, Precarias a la Deriva, en: http://www.sindominio.net/karakola/precarias_domestico.htm

⁵² Quintar, A. y P. Zusman, «Éxodo y ciudadanía global en la construcción del contra-imperio. El papel del inmigrante en la creación de un “nuevo lugar” en el “no lugar” según Negri y Hard», en *La Fuga*, nº. 0, 2002.

⁵³ Nos referimos a la ley de extranjería que está actualmente vigente en el Estado español.

papeles significa interiorizar un estatus de clandestinidad que conlleva aislamiento y exclusión de cualquier tipo de prestación social.

Algunas mujeres permanecen en situación irregular durante años, pero hay quienes consiguen rodear las leyes a través de matrimonios «por amor» o conveniencia. En todo caso, con o sin romanticismo, muchas de las mujeres que vienen del Sur ocupan un importante lugar en el trabajo afectivo y de cuidados. A veces, elegir una esposa del Sur es un mecanismo para aferrarse al modelo familiar en crisis, asegurar las camisas planchadas, la procreación y ser cuidado de anciano. Estas mujeres pueden terminar cargadas de trabajo emocional y, a la vez, inmersas en el mercado laboral. A pesar de que estas mujeres tienen otra situación legal y algún respaldo emocional, no dejan de ser *inmigrantes* y se enfrentan a muchas de las problemáticas del resto de cuidadoras transnacionales.

La mujer que migra para trabajar, a pesar de convertirse en una fuente de ingresos importante para la familia en el país natal, irónicamente sufre una movilidad social descendente, tanto por motivos legales como por la inaccesibilidad a las necesidades básicas.

«P– ¿Tú qué esperabas de España, de tu estadía aquí, de tu trabajo aquí? ¿Te imaginabas algo...?»

R– Me imaginaba que era de otra forma, no me imaginaba que era así como es.

P– Eso, cuéntame como te imaginabas y cómo resultó ser la realidad.

R– Yo me imaginé que aquí era... para vivir mismo me imaginé que vivíamos como en nuestro país, que vivíamos en una casa, pero en cambio aquí se tiene que compartir donde se vive con otras personas, no es lo mismo que estar en nuestro país, vivir en nuestras propias casas.

P– Dices alquilar un piso con gente...

R– Sí.

P– Y a parte de eso...

R– Que aquí se trabaja de lo que venga, en cambio en nuestro país se puede trabajar de lo que uno estudió en nuestro país, yo estudié para ser... de costura, y aquí no se puede trabajar si no se tiene los papeles, aquí hay que venir a trabajar de lo que haiga, porque si no se trabaja no se tiene para pagar el alquiler, no se tiene para la comida, así que nos toca trabajar de lo que haiga».⁵⁴

La precarización extrema de las migrantes se debe, en parte, a una ley que recorta sus derechos al acceso al trabajo, a asociarse con compatriotas, a manifestarse para reivindicar mejoras de sus condiciones de vida. Además, socialmente, con papeles o no, ser *inmigrante* dificulta el acceso a la vivienda, a empleos fuera del sector de cuidados o servicios y a recibir una atención digna por parte de las instituciones públicas.

No sólo la ley de extranjería deteriora las condiciones de vida y anula los derechos de las/os migrantes; los acuerdos bilaterales entre países también dificultan el ingreso y estadía de trabajadoras/es extranjeras/os. La limitación de la entrada anual a un cupo cerrado, la exigencia de visados que se corresponden con una demanda de mano de obra por temporada, crea un filtro de entrada que afecta tanto a quienes quieren venir como a quienes ya han llegado. Recordemos que hablamos de personas migrantes móviles, muy distintas a las/os emigrantes de periodos anteriores, que se iban de Europa a Estados Unidos o del sur de Europa al norte, por largas e indefinidas estadías o que elegían un solo país como destino. Por el contrario, las/os emigrantes

⁵⁴ Entrevistas a mujeres ecuatorianas en el parque del Oeste. Deriva con trabajadoras domésticas, Precarias a la Deriva.



actuales prueban suerte en varios países y, además, mantienen fuertes lazos con su país de origen gracias al desarrollo de las tecnologías de comunicación. Pues bien, estas leyes restrictivas impiden hacer visitas ocasionales al país natal a consecuencia del miedo a que se les impida la entrada al volver, de modo que quienes se encuentran sin papeles, tienen poca movilidad, lo cual pone en juego la transnacionalidad de la familia.

A través de todos estos mecanismos, se crea una mano de obra muy específica, en este caso, trabajadoras domésticas y cuidadoras cuya condición se ve constreñida por algunos elementos adicionales. Por un lado, la legislación del trabajo doméstico, de la cual ya se ha hablado y, por otro, la intervención de ONGs e iglesias para la gestión de la oferta y la demanda de trabajo doméstico. La creación de intermediarios estrecha el margen de negociación de las cuidadoras con sus empleadoras y, además, burocratiza el proceso de elección de trabajo, creando largas esperas. La contraposición de mujeres migrantes impacientes por ser atendidas frente a monjas que ponen orden y reparten números refuerza relaciones de poder muy comúnmente establecidas entre «asistidas» y «asistentes». Sin embargo, muchas mujeres migrantes crean otras maneras de gestionar su trabajo fuera de estos circuitos de asistencia, sea a través de redes informales o de anuncios personales colocados en la ciudad.

De esta forma, con los mecanismos y condiciones mencionadas, un gran número de mujeres extranjeras se incorpora al trabajo de cuidados. Sin embargo, optar por migrar, someterse a una identidad que resulta ajena y trabajar muchas veces bajo condiciones de explotación no constituye el proyecto de vida de estas mujeres, sino sólo una herramienta. Al hablar con mujeres ecuatorianas, nos cuentan que han venido a mejorar sus condiciones de vida, pero que piensan regresar. La temporalidad de su estadía es precisamente lo que da lugar al estrecho vínculo con el país natal o muchas veces al desinterés por participar en esferas locales. Sin embargo, poner un paréntesis en la vida es impracticable, porque tarde o temprano se crean relaciones sociales en planos laborales y afectivos y se convive con la cultura del país de acogida.

En el caso de las trabajadoras internas, el trabajo es un claustro donde empieza una cuenta atrás. Pero el paso de dos años, o de cinco años, nunca puede pasar desapercibido en las condiciones que conlleva el trabajo de interna.

«Yo digo que la mayor parte de problemas los tienen las mujeres que están internas porque éstas se desconectan del mundo, salen los jueves o los sábados después de la merienda, y si los jefes salen a las cinco o a las seis de la tarde ¿qué tiempo tienes de salir? Llegas cansada y al no tener contactos ¿adónde vas? A ver con quién te relacionas? A quién le preguntas con ese horario, ni tienes derecho a preguntar cualquier asunto legal, nada ¿sí?»⁵⁵

Vivir en confinamiento acarrea consecuencias de explotación extrema con jornadas de veinticuatro horas de disponibilidad, una gran exigencia de transferencia afectiva y trato desigual.

⁵⁵ Trabajadora Doméstica en régimen de interna, Deriva con trabajadoras domésticas, Precarias a la Deriva.

3.3. Cara a cara en el Norte

Para hablar de las condiciones de vida y de trabajo de las cuidadoras transnacionales es necesario hablar de quienes las contratan. Si bien es cierto que no podemos retratar a las empleadoras como enemigas directas de quienes van a servir a sus casas, tampoco podemos obviar las relaciones de poder y jerarquía que se establecen en este punto de la cadena de cuidados. Es ingenuo pensar que se puede dar una relación «familiar» entre la contratante y la cuidadora, si incluso redes conformadas por parientes consanguíneos pueden estar cargadas de tensión y explotación.⁵⁶

Recurrir a la contratación de una cuidadora es un mecanismo que permite a muchas mujeres desempeñar sus funciones fuera de casa y organizar su tiempo. Además, a menudo se sufre el mismo tipo de culpabilización interiorizada (en paralelo con su sirvienta contratada) por relegar las funciones de cuidado a una tercera persona que lo hace por dinero. Dinero insuficiente para pagar el verdadero valor del trabajo. En muchos casos, debido a la infravalorización del trabajo doméstico en sí, al que se suma un componente étnico que disminuye el salario aún más; o, como en otros casos, porque simplemente las contratantes no tienen una renta que les permita pagar mejores salarios.

Cierto es que pagar a una cuidadora transnacional es parte de la estrategia de «conciliación» entre familia y trabajo (asalariado), pero debemos tener en cuenta que la relación que se genera entre la dueña de casa (que suele ser, en la mayoría de los casos, la gestora principal del hogar y, por lo tanto, jefa directa de la cuidadora) y la contratada suele ser de jerarquía, poder y gran diferenciación. Aunque a veces se pretenda dar un trato «familiar», se trata de intentos fallidos que pasan por alto los verdaderos diferenciadores. ¿De qué horizontalidad se puede hablar con jornadas de catorce horas y disponibilidad completa, si el dormitorio que te dan es el más pequeño y oscuro y, ¡oh, sorpresa!, más cercano a la cocina, el filete que te comes no es de la misma calidad que el del señor, la mesa donde comes es otra y la ropa que te pones es un uniforme? Pero no hace falta hablar de estos casos «extremos» (aunque son bastante generalizados) para hablar de explotación. Si bien la relación entre contratante e interna responde a un cuadro clásico de poder jerárquico, es interesante contemplar otras relaciones más horizontales que, no por ser lineales, escapan a dinámicas de poder.

Aunque muchas mujeres contratantes se sienten reticentes e incómodas ante la idea de ocupar una posición privilegiada y de poder, debemos contemplar su posición desde una perspectiva alejada del modelo jerárquico clásico en el que el poder se sitúa de manera piramidal y se genera verticalmente. «Mientras la antigua noción de poder se encuentra en proceso de ser reemplazada, han surgido nuevas formas de hostilidad y antagonismo generadas en horizontalidad, una dinámica sintomática de la democratización posmoderna de la opresión».⁵⁷ Mujeres que desean establecer relaciones equitativas con las trabajadoras domésticas pueden conseguir eliminar mucho de ese antagonismo mejorando las condiciones de trabajo. Sin embargo, suele persistir en su relación una «falsa familiaridad», una mezcla de relaciones personales y de trabajo.⁵⁸ Tutear a una trabajadora doméstica no se traduce en familiaridad y amistad cuando ésta no se siente cómoda de tutear a quien la contrata. Formalizar, rutinizar y despersonalizar el trabajo puede incluso ser beneficioso para la cuidadora para no verse envuelta en ambigüedades entre trabajo y no-trabajo.⁵⁹

⁵⁶ Levitt, P. y Glick Schiller, N., «Transnational Perspectives on Migration: Conceptualizing Simultaneity», en www.peggylevitt.org/pdfs/cncptualzng_smltaneity.pdf

⁵⁷ Sandoval, C., *Methodology of the Oppressed*, University of Minnesota Press, 2002, pp. 72.

⁵⁸ Gregson, N. y Lowe, M., 1994, citado por Rotkirch, Anna, www.valt.helsinki.fi/staff/rotkirch

⁵⁹ Una de nosotras cuenta: «Hace algunos años trabajé como “au pair” o, claramente dicho, cuidadora interna con una familia de Boston. Ni el horario ni mis funciones en la casa estaban especificadas, ya que se esperaba que actuara como un miembro más de la familia, preocupándome por la limpieza y cuidado de los niños desde mi propia iniciativa, “we want someone to be proactive”, me dijo la mujer cuando le pedí un horario y especificación de mi trabajo. Yo pedía desafortunadamente ser la chacha, y no la amiga, así mi rol estaría claramente delineado, y el de ella también».

Las mujeres que recurren a la asistencia remunerada no abandonan el trabajo doméstico por completo: pensemos en la doble presencia o en la doble jornada. La participación de la dueña de casa en las labores domésticas está marcada una vez más por un prisma de valoraciones subjetivas del trabajo doméstico. El trabajo de cuidados está infravalorado, es cierto, pero dentro del mismo hay toda una escala de valores estratificadora. En la cima de la jerarquía del trabajo de cuidados están aquellas tareas percibidas como placenteras: actividades como bañar a los niños, ponerlos en la cama y leerles un cuento. Ya que estas tareas todavía están desempeñadas en gran medida por las madres o padres, es un trabajo no pagado. Por debajo de estas tareas están otras responsabilidades como lavar, fregar, elaborar comidas diarias, que suelen ser compartidas entre mujeres empleadoras y mujeres empleadas. Finalmente, en lo más bajo de la pirámide, se encuentran las actividades de «trabajo intensivo», como es el limpiar a fondo, planchar y realizar otras tareas más pesadas. Estas responsabilidades empiezan a estar cada vez más en manos de cuidadoras remuneradas.⁶⁰ Muchas veces, la complejidad del trabajo de cuidados está encubierta, así como su estratificación y el contenido afectivo e inmaterial de las labores diarias.

⁶⁰ Gregson N. y Lowe, M., *op. cit.*

¿Cómo y cuánto se debe pagar por labores de cuidado? Ilustraremos algunas reticencias con un ejemplo: aunque las lavadoras automáticas se han expandido en Ecuador, aún existen lavanderas, mujeres que van de casa en casa lavando a mano la ropa de la familia. Éstas cobran por docena. Al terminar la montaña de ropa, llaman a la dueña de la casa y ésta cuenta las prendas de una en una, suma, multiplica y paga. Aunque a muchas personas del Norte les parezca un fenómeno exclusivo del Tercer Mundo, ponemos este ejemplo porque creemos que este problema se reproduce ahora en un nuevo escenario. ¿Qué es lo que realmente se paga a la hora de contratar trabajo afectivo? No sólo no se paga la parte inmaterial ya mencionada, sino que se pretende cuantificar las labores con un salario que, en teoría, remunera tareas como si estuviesen desempeñadas por una autómatas. Estas tareas, en realidad, están cargadas de significado: planchar una camisa o lustrar platería no sólo cubre necesidades de cuidado, sino que reproduce un estilo de vida y un estatus social.

Queda mucho por descubrir en el entretejido de estas cadenas de cuidados. Los sujetos colocados a lo largo de ellas responden a condiciones subjetivas, con lo cual, a veces, sus roles tienden a desdibujarse, a ocupar dos localizaciones opuestas, a mezclarse, a mutar, a moverse, y por eso la tensión de la cadena. Existe un *morphing* de identidades que nos hace cuestionar qué tiene que ver una contratante de servicios de cuidado en el Norte con una trabajadora doméstica del Sur y cómo la globalización ha condicionado sus vidas. La cadena afectiva aparece con la crisis de cuidados y parece servir como apaño. Sin embargo, vemos que la transferencia de afecto no es lineal: no se transfiere el afecto como se transfiere una pelota, de una a la otra, quitándose un peso y cogiendo otro. En la transferencia, van quedando cargas de todo tipo. Evitando juicios moralistas, debemos plantearnos si la importación de trabajo femenino afectivo es la solución a la crisis que cada vez se hace más palpable. Tomando en cuenta estos bosquejos de la situación actual en el trabajo de cuidados, tenemos que pensar qué hacer para mejorar las condiciones de las mujeres y construir herramientas efectivas para el sostenimiento de la vida.

4. ¿Qué hacer?

¿Qué ventanas abrir, qué puertas, para que entren aires frescos, para poder salir hacia nuevos y experimentales caminos que nos saquen de esa tremenda trampa en la que nos han ido enredando tantos siglos de discriminación y, por ende, de desprestigio de todas las funciones que el patriarcado ha venido asignando a las mujeres? Esas funciones o papeles que históricamente hemos desempeñado las mujeres, tan impregnados todos de lo que quizá sea más imprescindible, más, literalmente, vital. El cuidado. Los cuidados. En su sentido amplio. Cuidar de la salud, de la alegría, curar de la soledad, mimar, acompañar, escuchar, compartir, amar.

Pero ¿por dónde empezar?

Quizá, en primer lugar, por recuperar la palabra crisis del imaginario negativo al que nos suele remitir la cultura del orden, de la reacción, del conservadurismo y del poder; para la cual lo esencial, lo establecido, lo inamovible y lo silencioso son fuentes de paz y felicidad, palabras, éstas, tan manipuladas y tan llenas de falsas promesas que ya ni cabe reapropiarse de ellas con nuevos contenidos.

Si la vida es movimiento y el movimiento es cambio, las crisis, esos momentos graves de puesta en tela de juicio de las estructuras económicas, sociales, éticas, políticas y filosóficas de la humanidad, son siempre, en principio, preciosas, por cuanto implican repensar, cuestionar y remover lo que se daba por bueno para explorar nuevas sendas más acordes con las contradicciones, posibilidades, necesidades y deseos del momento y del lugar, este último, para bien y para mal, cada vez más universal o, cómo se suele decir ahora, más global.

Y, si acordamos que el objetivo a perseguir es un cambio radical o revolucionario que consistiría en tender a sustituir la sociedad economicista de la búsqueda del beneficio (y sus implicaciones sociopolíticas de construcción de jerarquías, de poderes impuestos, de falta de democracia y de todo tipo de «ismos» explotadores y excluyentes antes descritos) por la sociedad política de búsqueda de la sostenibilidad de la vida humana (la vida en su sentido más amplio que abarque la riqueza de la experiencia existencial, mucho más allá de lo meramente fisiológico), este salto ha de pasar por un cambio de mentalidad y de valores, por una generosa creación de subjetividades que pongan el cuidado en el centro.

Pero la desbordante magnitud de esta empresa puede tender a paralizarnos: los problemas a afrontar son tantos, las preguntas a responder tan numerosas, que nos pueden asustar y enmudecer.

En fin, empezar es, como casi siempre, lo más difícil (también lo más apasionante) y la intención de este artículo quizá sea principalmente ésa, empezar a poner las manos en la masa, en esta crisis de los cuidados que hemos ido abordando en las páginas anteriores y, con anterioridad a esas páginas y como origen de las mismas, en las derivas y talleres que sobre el trabajo de cuidados hemos venido realizando desde *Precarias a la Deriva*.

Este primer abordaje pretende poner sobre la mesa una serie de herramientas, tareas en proceso e iniciativas concretas, que hemos ido debatiendo como posibles estrategias a seguir para sacar a la luz esta crisis y para problematizarla. Problematizarla en el sentido de crear una multiplicidad de conflictos y reflexiones, pero también de intervenciones en torno a ella que esquiven

el cierre conservador tan propenso a resolver la crisis simplificándola y atajando las posibilidades de cambio, tan inclinado a dar una respuesta a las necesidades de cuidados mercantilizándolas (esto es, mal pagando el desempeño de esos trabajos o preconizando las maravillas de la vuelta al hogar).

4.1. Las tareas en proceso

Mucho ha de ponerse patas arriba en pos del objetivo antes anunciado del cambio de la sociedad (destruccionista) del beneficio hacia la (creativa) de la sostenibilidad. Entre otras cosas, las ideas acerca del cuidado, del significado de la independencia, del sentido de la comunidad y de los imaginarios sobre el amor. Los valores que determinan la subjetividad imperante y sus vehículos materiales (lingüísticos, legislativos, educativos,...) han de ser subvertidos y recreados a través de una dinámica cuya intención no es cambiar un modelo por otro, sino una manera de imponer valores normativa (impuesta desde arriba, atenta a satisfacer los intereses o privilegios de unas partes de la sociedad en detrimento de otras, con presunciones esencialistas y vocaciones de eternidad), por un proceso continuo de producción de imaginarios (generado desde abajo, sensible a las singularidades y diferencias, sujeto a las voces vivas del contexto concreto y proclive a las metamorfosis).

4.1.1. De los cuidados

Otra cosa muy gorda es el tema de la desvalorización: cuidar se ve siempre como una obligación, pero no como una cosa de la que se puede disfrutar.

Y es que una cosa que está implícita es que cuidar es una «putada» y ¿qué haces con eso?

Precarias a la Deriva, Taller de Cuidados Globalizados I.

Pues algo que es preciso empezar a hacer es revalorizar el término y sus implicaciones. Cuidar ha sido para las mujeres lo que debíamos hacer, en tanto que algo siempre asociado al espacio de lo privado y, por lo tanto, al terreno femenino. Porque es a la esfera de lo privado a la que remite todo lo relacionado con el sostén de la vida o, si se prefiere, con el trabajo reproductivo. Esto es parir, y criar, y alimentar, y limpiar, y cuidar, y acompañar, y curar, y... Pero la mujer criada, madre, hija, compañera, psicóloga y amiga, con los saberes, paciencias y dedicación que requiere tan desmesurada faena, una vez irrumpe en el espacio público, ve limitadas sus opciones a básicamente dos: o bien se entrega, con el autosacrificio esquizoide que ello supone, a lo que se ha denominado doble presencia-ausencia, o bien renuncia a cualquier tipo de obligación de cuidar a los otros, esto es, se libera de las obligaciones familiares decidiendo identificar autonomía con no tener hijas/os, por ejemplo. Pero si nuestra lucha feminista

pasa por rebelarnos frente a las atribuciones y funciones impuestas, estas funciones no dejan por ello de existir (puedes decidir no tener hijas/os, pero los padres están ahí, y también las/os amigas/os y, por supuesto, nosotras mismas), ni de ser muy valiosas. Así que el problema no se soluciona con apartarlo a un lado. El reparto entre los sexos de estas tareas/trabajos de cuidados fundamentalmente no remunerados no se ha realizado. La división sexual del trabajo se mantiene increíblemente refractaria al paso del tiempo. Así que habrá que abogar por un nuevo contrato sexual. Y, ante la inminencia de una negociación que no cabe esquivar, será preciso partir de una premisa que tampoco es negociable: el cuidado es el centro, el motor del desarrollo social, sin él no habría vida biológica, ni vida en su más amplio sentido, que mereciera la pena ser vivida. Pero la revalorización de los cuidados, su ascenso en esa errónea escala de valores sociales en la que han sido injustamente relegados a los últimos peldaños, por debajo del dinero, claro, o del éxito social, pasa por la destrucción de ciertas mistificaciones relacionadas con la independencia, la familia y el amor.

4.1.2. De las falsas independencias

*Pensamos en la independencia como no tener que cuidar de nadie
y no es cierto, las personas dependemos unas de otras*

Precarias a la Deriva, Taller de Cuidados Globalizados I.

Y esa interdependencia no es una carencia, no se trata de echarse las manos a la cabeza por la imposibilidad de ser autosuficientes. Es cierto que, en numerosas situaciones vitales (infancia, vejez, enfermedad), somos más estrictamente dependientes, pero además de ser éstos unos momentos y circunstancias por los que todas tenemos que pasar, y no por infravalorados menos potencialmente interesantes de vivir, es que esa interdependencia está en la base de nuestra socialidad que es, si no una característica esencial de los seres humanos, (estábamos por la labor de descartar los discursos esencialistas...) sí, en todo caso, a nuestro juicio claro, lo más fascinante de nuestra especie. Porque en ella se asienta la cooperación, la cual, llevándonos a poner todo tipo de afectos y recursos materiales e inmateriales en común, es la artífice del mundo que, mejor o peor, vamos siendo capaces de construir. «El cuidado en su vertiente más subjetiva de afectos y relaciones»,⁶¹ es algo que desborda los límites del mundo emocional, de los sentimientos... sin pretender infravalorar este último (¡qué difícil es deconstruir los discursos cuando las palabras están ya tan codificadas!), sino insistir en la idea más amplia del afecto, como lo que te mueve a actuar, a componerte con los demás a todos los niveles.

⁶¹ Carrasco, C., «La sostenibilidad de la vida humana», *op.cit.*

4.1.3. Del mito del hogar dulce hogar

La familia es la mano que aguanta la cabeza para que permanezca bajo el agua

J. M. Fonollosa, *Ciudad del hombre*

La familia nuclear fordista y, por añadidura hispánica, franquista y (como decíamos más arriba, el único ideal social realmente fomentado desde el sistema socioeconómico capitalista, el Estado y la idiosincrasia religiosa, conservadora y patriarcal) está también en crisis. Pese a su amplia desmitificación como fuente de amor conyugal y filial, pues parece demostrado que una buena parte del maltrato y los asesinatos de mujeres tienen lugar en su seno, la familia sigue siendo, y más en estos tiempos que corren de neoliberalismo salvaje, una fuente principal de apoyo económico y afectivo. Muchas/os jóvenes siguen residiendo en la casa familiar hasta muy mayores y dependiendo económicamente de la familia hasta muy tarde, gracias a las condiciones de renta e inestabilidad a las que nos somete el empleo precario y la desbocada especulación inmobiliaria.

Crear otro tipo de hábitos de convivencia que rompan, por ejemplo, con el hecho de que sea «*absolutamente implanteable cuidar de ese abuelo de otra manera, por ejemplo, repartirse la tarea entre siete amigos, [de que eso suene] absolutamente marciano*», es difícil, pero urge empezar a reconocer y fortalecer otros tipos de comunidades ya existentes y a crear otras nuevas. Las dificultades, nada desdeñables, residen principalmente en que, desde los poderes públicos, lo colectivo es algo que no sólo no suele fomentarse por el peligro que supone para el poder la fuerza de la gente autoorganizada, sino que, a menudo, se obstaculiza o reprime. Económica y políticamente, al poder establecido parece interesarle más la atomización social. Así, en cuanto surgen iniciativas de autoorganización social y de puesta en común de recursos, como, por ejemplo los centros sociales ocupados, las redes informales de apoyo entre mujeres inmigrantes o las redes vecinales, se desencadenan en nombre de la propiedad privada, de la salud o del orden público. La justificación es lo de menos: el caso es que, cuando la gente intenta resolver a su manera y de forma independiente y autoorganizada sus necesidades, el Estado, en lugar de sentirse agradecido por aquello de que le hagan sus deberes, acostumbra a reaccionar muy mal.

La ordenación del espacio urbano tampoco ayuda. Las ciudades, cada vez más destinadas a la circulación de vehículos de motor y al consumo, se hacen progresivamente invivibles a causa de todo tipo de contaminaciones, entre las que destacaremos la del aislamiento planificado: ¿dónde están los espacios de encuentro, verdes o azules (es lo mismo), las plazas, los parques y los lugares en los que reunirse? ¿Para cuándo las tarifas reducidas o el transporte público gratuito para no sentirnos aisladas/os en las inmensas ciudades cuando no tenemos dinero para desplazarnos?

Se trata, aquí y ahora, de pensar otros modelos de comunidad y otras reordenaciones urbanas generadoras de colectividades de afecto, de espacios de encuentro y de socialidad.

4.1.4. Del *amour fou* y otros amores letales

En la violencia contra la mujer se trata de expresar el derecho de posesión exclusiva, el derecho de propiedad, derechos que las leyes han reconocido hasta un período reciente; un reconocimiento al que la cara arcaica del hombre, la cara inhibida, querría volver e intenta hacerlo en períodos de regresión política, social e intelectual como el nuestro.

Anne Querrien

Sin abandonar todavía el espacio de las operaciones a realizar en el ámbito de lo subjetivo, otra de las ideas a desechar e ir reemplazando por otras más constructivas es la del *amour fou*. Ese amor representado y reproducido por todo tipo de expresiones artísticas, desde la canción popular al celuloide, que a menudo se identifica con EL AMOR, es algo así como el colmo de los malentendidos con respecto a lo que amar puede llegar a significar. Y un colmo extremadamente doloroso y trágico si pensamos en las consecuencias que este tipo de modelo arrastra. ¿Cuál es la relación entre esa apariencia romántica y arrebatada de las expresiones del tipo «la maté porque era mía» y el escandaloso número de maltratos y asesinatos de los que son víctimas las mujeres? Sin duda, una relación estrecha. Quizá parezca un poco tirado por los pelos esto de hablar del mito del *amour fou* en un artículo sobre la crisis de los trabajos de cuidados, pero, a nuestro modo de ver, esa peligrosa representación simboliza, *in extremis*, el discurso que invisibiliza la existencia de los mismos, su valor y el reconocimiento de quienes los llevan a cabo. Ese modelo simbólico describe un amor egoísta y limitado, una dependencia enfermiza más predispuesta a exaltar la muerte que a resaltar la vida. Cuando el amor nada tendría que ver con ese modelo estrecho, heterosexual y posesivo, con esa «lógica narcisista, [que] habla fundamentalmente del yo»,⁶² cuando amar habría de tender más a ser una dinámica de vida, una actitud de generosidad, un motor de construcción del mundo, de una multiplicidad de mundos posibles: «siempre es con mundos con quienes hacemos el amor».⁶³

⁶² Larrauri, M., *El deseo según Gilles Deleuze*, Tándem edicions, Valencia, 2000.

⁶³ *Ibidem*.

4.2. Las iniciativas concretas

En pos de esa labor de deconstrucción, primero, del simbólico que nos embarca/embauca en una lógica del beneficio económico, y de construcción, después, de unas nuevas subjetividades, de un nuevo imaginario que aspire a una sociedad de la sostenibilidad, hemos de ensayar nuevas formas de actuar, de intervenir y poner en marcha herramientas de producción de nuevas relaciones sociales. En los tres Talleres de Cuidados Globalizados que Precarias a la Deriva ha venido organizando en la Karakola y, sobre todo, en el tercero y último (de momento), se habló de espacios de autoorganización de mujeres cuidadoras, de una red de trueque de servicios y recursos, de la posibilidad de organizar una huelga del cuidado, de escraches contra contratadores/explotadores infames y de tácticas de guerrilla de la comunicación, así como de la importancia del recurso a la vía legal.

4.2.1. De las alianzas y los espacios de mujeres

En lo relativo a la creación de espacios posibles, hemos hablado de un espacio de encuentro, sobre todo, de mujeres empleadas en el trabajo doméstico y, en particular, de trabajadoras internas, cuyas condiciones de aislamiento laboral y, por lo tanto, de vulnerabilidad (teniendo en cuenta, además, que la mayoría son inmigrantes sin papeles) las hacen víctimas de múltiples abusos y explotaciones. Un lugar físico de encuentro afectivo, de puesta en común de esas condiciones de trabajo y de vida, de búsqueda colectiva de soluciones, de propuestas de lucha, de asesoría legal, de puesta a disposición de recursos (tiempos, saberes, ordenadores, libros...). Pero, también, un espacio de encuentro entre las cuidadoras que, remuneradas o no, somos todas, para que nuestras reflexiones e iniciativas concretas puedan asentarse en la fuerza de la multiplicidad de nuestras situaciones materiales, de nuestras muy diferentes disponibilidades. Y, por último, un espacio de alianza entre mujeres migrantes y mujeres autóctonas que busque ir reemplazando las fronteras erigidas por un neoliberalismo que actúa a escala global (y cuyos mecanismos hemos descrito anteriormente) por redes de cooperación. Esta alianza entre mujeres habría de ser capaz de luchar contra las leyes de extranjería, de lanzar propuestas de ataque que contemplen, que si las cadenas de afecto son mundiales y las condiciones que determinan sus características también, las formas de cambiarlas han de abrirse también a esa misma dimensión global.

Entendemos estas alianzas transnacionales como una forma de desobediencia a las segmentaciones del mercado laboral (reforzadas por la ley de extranjería) y de deconstrucción de las jerarquías entre mujeres. No es ésta una simple «iniciativa concreta», sino más bien un desafío largo en el tiempo. Estas alianzas tienen, al menos y entre muchos otros, dos planos. Por un lado, el de aprender a relacionarse entre diferentes asimétricos. Sabemos que tratar con gentes de otros medios y con otros recursos es duro: porque la relación está atravesada fuertemente por asimetrías, simbólicas y materiales. Y, o se asume como un reto, o lo sencillo es mantenerse separadas. Porque se siente culpa, porque el racismo y el clasismo del que hemos bebido todas desde nuestra más tierna infancia y el miedo subterráneo a perder el propio estatus y las propias comodidades se convierten en mezclas de paternalismo-asistencialismo-distancia... Hay que aprender a descubrir la riqueza de la diferencia (no sólo retóricamente) y a escuchar, a la vez que se constrouyen luchas materiales y concretas más allá de la culpabilización. Por otro lado, otro plano de estas alianzas pasaría por hacer propias las luchas contra los controles restrictivos de los flujos migratorios en el Norte y las luchas que mujeres y hombres están llevando a cabo en el Sur contra la expropiación/privatización de los recursos esenciales (naturales y no) para asegurar el sostén de la vida. No como una solidaridad con quien está peor, sino porque las divisiones y asimetrías que producen las primeras generan una convivencia fundada en el miedo al otro y porque los procesos de privatización/expropiación en el Sur ayudan al cierre reaccionario de la crisis de cuidados en el Norte, aparte de generar violencia y muerte a ambos lados del Ecuador.

Ese espacio de encuentro, lugar de concreción de alianzas transnacionales, cuya materialización queda pendiente (el dónde, el cómo, el de qué manera superar, por ejemplo, las constricciones impuestas por el horario esclavo de las internas para poder encontrarnos: todo esto tendremos que resolverlo juntas), podría ser el lugar desde el que pergeñar y lanzar ideas y propuestas de visibilización y conflicto. Podría ser también la sede de una red de trueque de saberes, recursos,



9-0423



9-0425



tiempos y haceres, de un sistema de apoyo mutuo organizado: yo te cuido a las/os niñas/os cuando trabajas por las tardes y a cambio tú me las/os cuidas el fin de semana; te doy clases de castellano a cambio de que me dejes usar tu lavadora; me dejas usar tu conexión a internet y te enseño a hacer unas deliciosas recetas de mi país; te consigo a un amigo que se case contigo y, una vez con los papeles, ya podemos ponernos a organizar jaleo juntas...

4.2.2. De las propuestas de ataque

Decíamos: un espacio de alianza entre mujeres desde el que conspirar y maquinan, desde el que diseñar formas de conflicto y visibilización, herramientas de ataque, estrategias de autodefensa. ¿Cómo cuáles? Hablábamos de: huelgas de cuidados, escraches, tácticas de guerrilla de la comunicación, recursos a la vía legal...

De la organización de una huelga del cuidado (y de cuidado) nos hacemos, más que nada, preguntas. ¿Sería posible organizar una huelga del cuidado? ¿Cómo? ¿Con qué sentido? La idea es lo suficientemente atractiva y provocadora como para que, al menos, nos pongamos seriamente a pensar en su viabilidad.

En lo que atañe a los escraches, hablamos de recoger esta práctica que en Argentina dirigen contra los torturadores y asesinos impunes de las dictaduras militares, y que consiste en identificarlos y denunciarlos públicamente, señalando su presencia en los barrios y casas en las que viven mediante pintadas, carteles... para aplicarla, como forma de visibilizar su infamia, a quienes empleen a trabajadoras domésticas por jornadas infinitas a cambio de sueldos ínfimos y en condiciones de encierro y violencia.

Y, en lo relativo a la guerrilla de la comunicación, hemos discutido la posibilidad de sus propuestas de tergiversación mediática aplicadas a este ámbito del trabajo de cuidados. Revistas, carteles, ¿qué tal anunciar la inminente huelga de cuidados desde un sindicato ficticio con la suficiente apariencia de realidad como para esperar que provoque un encadenamiento de respuestas imprevisibles? Ésta podría ser una herramienta muy potente de visibilización de lo invisibilizado.

Por último, el arma legal, se trataría de tener en cuenta que, pese a la degradada relación de fuerzas en la que nos encontramos las/os trabajadoras/os precarias/os hoy a la creciente pérdida de derechos laborales (¿qué puede quedar, por ejemplo, del derecho a los meses por maternidad cuando los contratos son por horas o por meses?) y a la condición de ilegalidad (y, por lo tanto, de exclusión de la ciudadanía y de sus correspondientes derechos) a la que la ley de extranjería condena a gran parte de trabajadoras/es inmigrantes de este país, no se puede descartar el recurso a las leyes para denunciar y obtener reparo en caso de haber sido víctimas de una situación de abuso. Cómo explicaba Arantxa Zaguire (abogada):

«[L]as leyes laborales en España tratan al trabajador sin papeles como trabajador, no como sospechoso, delincuente o defraudador. Luego la ley de extranjería ya se dedica a la otra parte [...] entonces, una persona sin papeles según la ley laboral es un trabajador [...] siempre tiene derecho a reclamar las

cantidades debidas, si te deben un mes de trabajo, dos meses, aunque no tengas un permiso de trabajo tienes que iniciar todo el procedimiento legal y ahí no hay policía de por medio (...). Los juzgados, en general, si tú presentas pruebas, datos de que has trabajado en una casa, testimonios de cualquier tipo, etc, te van a dar la razón».

4.3. A modo de conclusión

Todas las iniciativas y propuestas planteadas, que queda seguir discutiendo y atreviéndonos a llevar a cabo, tienen un denominador común: ninguna habla de conciliación de la vida familiar y laboral, ese tema tan en boga, que tanto centraliza el discurso y tantas energías devora en lo que respecta a la crisis de los cuidados. Porque si bien estamos de acuerdo en la necesidad de medidas concretas que vayan paliando las desventajas e injusticias derivadas de que el peso del cuidado siga estando a cargo de las mujeres, no estamos por la labor de conciliar lo irreconciliable.

Esa es nuestra apuesta. Nuestro deseo: que estas líneas fueran capaces de contribuir a compartirla con muchas más.

Inventando barrio, pensando en precario

Proceso de autoencuesta del colectivo del barrio de la Estrella

Retazos

Tratamos de entender nuestra situación, saber qué sucede en nuestro entorno, intervenir sobre cuestiones que consideramos indispensables para poder desarrollar cualquier actividad política. En colectivo, pretendemos garantizarnos una comunidad de combate, pero también abrir pequeños laboratorios que busquen, identifiquen y pongan en marcha nuevos conflictos sociales, dado que los programas políticos que heredamos fueron confeccionados en territorios que ya no habitamos.

Nosotras somos una comunidad de las que llaman de clase media, con estudios superiores, nuestro barrio nunca fue ni quiso ser obrero. En la memoria de nuestros suelos sólo queda la huella de los circuitos especulativos, ningún movimiento ciudadano luchó en los años gloriosos por asentar en nuestras plazas o calles un modelo más humano de ciudad. Y la verdad es que en las metrópolis occidentales no somos una excepción.

Precariedad. Un modo de contratación, pactado por los sindicatos que las generaciones que nos precedieron hicieron mayoritario. Precariedad. Un medio ambiente vital, en el contexto de la guerra global que el capitalismo financiero desarrolla en contra de nuestras vidas: educación, sanidad, vivienda son sólo algunos ejemplos de la mortífera contaminación que sufre la atmósfera que respiramos. Precariedad. Porque tenemos trabajos de sobra a los que aferrarnos, pero el sueño del pleno empleo nos precipita hacia el abismo de la insuficiencia salarial, de la insatisfacción en el trabajo, de las miles de personas que no encuentran ni siquiera un trabajo basura, del odio profundo que sentimos al tener que mantener equilibrios imposibles con nuestras vidas, subidos al alambre de la incertidumbre.

También tenemos un contexto muy concreto: somos estudiantes de últimos cursos de carrera o recién independizados, con inquietudes similares, enfrentados en el campo de batalla de la renta contra el capitalismo global. La única conquista posible, un trabajo miserable, se sobrelleva con escasas armas: la cooperación que se produce en nuestros entornos sociales y militantes, y la constante ayuda de nuestras familias, aporte fundamental en el tránsito hacia nuestra independencia.

En el trabajo no encontramos más realización que la que se concreta en un salario. Toma el dinero y corre, parte a las comunidades indígenas chiapanecas, a Guatemala, a trabajar a fondo en

el Centro Social o en el colectivo de barrio, viaja por Europa o haz cursos y seminarios de las temáticas más variadas. Nos gusta la historia, la antropología, la física, la comunicación, el teatro, la filosofía y la informática. No hay ética del *laburo*, para desesperación de los compañeros y compañeras que reservan una parte de su militancia al trabajo sindical. Los puestos de trabajo son sillas calientes en las que nadie quiere estar demasiado tiempo: queman nuestros traseros y abrazan nuestra dignidad.

Somos más que trabajadores, aunque los sindicatos tradicionales o no, reformistas o revolucionarios, sigan interpeándonos con consignas que hacen referencia a una realidad que no es ya la nuestra: la dignidad por medio del trabajo, el orgullo de clase, la huelga y la movilización por un puesto que estamos deseando abandonar. Tenemos que seguir dando la lucha en el centro de trabajo pero también fuera, debemos reinventarnos a nosotras y nosotros mismos como trabajadores y debemos hacerlo a otro ritmo, de nada nos sirven ya las grandes sindicales y la división por ramas, el trabajo en secciones sindicales o la exhortación al paro obrero. En situaciones como las nuestras, con contratos eventuales, por obra y servicio y con estancias relámpago en nuestros puestos de trabajo, los trabajos de acumulación de fuerzas rebasan los límites de cada empresa como territorio político y sindical definitivo.

Ésta es la realidad que compartimos: la aceleración laboral de una vida que se mueve en la espiral trabajo/no-trabajo y que acaba encarcelada en la lógica del salario. Somos precariedad, no estamos en precario, y queremos pensarnos como tales, porque es la realidad que nos habita y nos compone, el paisaje que nos define, fuera de él, no quedan otros mundos, no hay un afuera, y buscarlo es un acto inútil. Quien persiga refugios ficticios, Estados protectores o la vuelta a los viejos tiempos trabajará desde la añoranza, pero no desde la realidad.

Empleo estable y de calidad, gritan quienes se pasaron toda nuestra adolescencia firmando y pactando, asintiendo y engrosando sus cuentas bancarias. Que trabajen ellos y ellas, que lleven toda una vida viviendo del sindicalismo «mayoritario», que se ganaron un futuro apostando con nuestras vidas.

Ahora nos toca comprender, saber cuál es nuestro papel como trabajadores y trabajadoras. El trabajo ha estallado, sus formas y actitudes son múltiples y las realidades individuales y subjetivas que se componen en su seno, infinitas. Éste es el relato general, pero nuestras vidas se narran en ese mismo contexto: variabilidad, incertidumbre e imprevisibilidad nos obligan a ser flexibles, volátiles, escurridizos en nuestros códigos y en nuestras actitudes, también en nuestras capacidades, eso es lo que nos permite adaptarnos, pero también es lo que nos permite sobrevivir y combatir. La pregunta es: ¿durante cuánto tiempo?

¡Precarias, precarios, saliendo del armario! La huelga general del 20-J, las manifestaciones y las luchas contra el decretazo del gobierno presidido por Aznar vieron nacer un pequeño bloque precario que durante semanas estuvo convocando piquetes, asambleas y caceroladas, culminando con un encierro-ocupación el 5 de octubre de 2002. Todas estas iniciativas, aunque muy pequeñas, permitieron replantear un modelo distinto de convocatoria. Llevábamos meses preparando una huelga que excediera los límites del trabajo reglado, autoconvocados y autoconvocadas: amas de casa, *free-lances*, putas, trabajadores/as del *telemarketing*, subcontratados, temporales... Ciertamente, la «huelga general» visualizó la dificultad de seguir una «huelga» desde las nuevas formas de trabajo:

nos hacía falta imaginación para plantear un conflicto desde nuestra multiplicidad de estrategias, tiempos y necesidades. Para ir a la huelga, para pensar un boicot, para concebir el colapso, el modo de cortocircuitar la lógica de la producción partiendo de las innumerables esferas cambiantes en las que nos movemos. Movidos por esta inquietud, abrimos nuestra investigación.

Desde ese momento, nos embarcamos en el empeño de descubrir los límites, las posibilidades, los nuevos referentes y las distintas realidades precarias que se condensaban a nuestro alrededor. Haciendo entrevistas en los supermercados de nuestro barrio y en la plataforma de *telemarketing* más cercana, y desarrollando un proceso de autoencuesta entre nuestras redes militantes, pretendíamos dibujar las puertas de entrada que nos permitieran perfilar, desde lo más cercano, la realidad a la que habíamos convocado el 20-J. La investigación y la autoencuesta nos pondrían en contacto con las distintas trayectorias y subjetividades que atraviesan el cotidiano de la precariedad social.

Investigando: desde la guerra global...

Nuestra investigación comienza en marzo del 2003, en un momento especialmente tenso, en el que el grado de movilización contra la guerra es enorme. Estas movilizaciones hicieron estallar en mil pedazos nuestro programa de trabajo, nos hicieron reflexionar detenidamente sobre multitud de aspectos concretos en los que la denominada guerra global permanente afecta a nuestras vidas y, en concreto, cómo se condensa en nuestra lucha por la renta.

La guerra: un marco excepcional de análisis. Ahora, varios meses después, inmersos en otro proceso de autoencuesta sobre aquellos acontecimientos, el análisis común nos abre otra puerta. Las movilizaciones contra la guerra se estrellaron en la incapacidad de nuestras propias realidades para analizar, en profundidad, qué relaciones se establecían entre aquel macabro acontecimiento y nuestra vida cotidiana. En nuestros panfletos, en nuestras discusiones, en todo aquello que hacíamos, tratábamos de manejar una idea fuerza: «la guerra contra Iraq es un frente más de la guerra que está desarrollando el capitalismo financiero contra nosotras mismas». Pero ¿cuáles eran los demás frentes? ¿Cómo se definían? ¿Dónde estaban?

La investigación sobre la guerra nos ha llevado a otra cruda realidad: el análisis que sigue predominando sobre este proceso en nuestros ámbitos es un análisis articulado en torno al antiimperialismo, a la respuesta humanitaria y al antiamericanismo. Ni rastro de esos otros discursos que tratamos de articular. La vorágine militante, el acelerón del momento, los días de euforia y la toma de las calles no nos permitieron enlazar y reformular un análisis distinto sobre este gran acontecimiento, que fue también la «puesta de largo» del movimiento global en Madrid.

Ahora, el tiempo nos da esa perspectiva, nos abre la posibilidad de reflexionar sobre los tiempos de guerra en los que vivimos, nos invita a pensar sobre uno de los frentes más duros en los que nos encontramos: el frente de la renta, la trinchera del trabajo, el eje global de la supervivencia, de sus garantías materiales e inmateriales.

... al proceso de autoencuesta

En varios días, en reuniones formales e informales, hemos ido tejiendo un mapa de nuestras situaciones laborales, hemos puesto en común nuestras aspiraciones y el estado en el que nos encontramos, el sentido que le damos, la realidad a la que pertenecemos. Somos hijos e hijas de la clase media y, en general, nuestras posibilidades de encontrar un trabajo son infinitas: tenemos un puesto de trabajo al alcance siempre que queramos. Podemos decir que, en nuestro caso, el «pleno empleo» es un hecho, no nos faltan nunca trabajos de repartidor de pizzas, de teleoperador/a o de camarera del VIP's. De hecho, en ellos estamos, pero como un modo de ahorrar un dinero, para seguir hacia adelante, porque nuestra vida no se articula en torno al trabajo. Tenemos, respecto a él, un desapego existencial, un desapego biográfico.

Porque otro de los elementos que nos define (como grupo) es el deseo de desarrollar determinadas tareas que suponen un compromiso vital, que están arraigadas en nuestra existencia, más allá de que ganemos un sueldo por ellas, aunque, por otra parte, si queremos realizarlas como proyecto de vida, si queremos dedicarles nuestro tiempo de verdad, el sueldo acaba siendo imprescindible. Soñamos, entonces, con un trabajo que nos dé autonomía, que permita el desarrollo de nuestra capacidad de crear (en abstracto) algo distinto, que dé pie a la imaginación y a la cooperación, que arraigue en nosotros y nosotras. En definitiva, nuestras expectativas vitales son, a la vez, una declaración de principios.

Pero ¿en qué consiste esa declaración de principios? Nuestro primer propósito es desarrollar las vocaciones concretas que cada cual tenemos: nuestra relación con la universidad o con las etapas de formación reglada que hemos recorrido, con sus círculos militantes, con los debates desarrollados antes, durante y después de pasar por este circuito de formación formal y no-formal (relacional) nos abrió determinados horizontes; en concreto, las ganas de dedicarnos al desarrollo del *software* libre, al teatro, a la historia, a la educación, a la comunicación audiovisual, a la psicología crítica... Tenemos esa esperanza, pero también conocemos la realidad.

Primera hostia: sabemos que nuestras aspiraciones no se cumplirán en un alto porcentaje de probabilidades, que estamos sometidos a la dictadura de las becas, de los proyectos de investigación en precario, a la carencia de canales asalariados que garanticen nuestro proyecto.

Segunda hostia: necesitamos dinero, tenemos que trabajar de lo que sea. Los puestos de *telemarketing* nos indignan a todos y todas y nos identificamos por completo en el relato que hacen los tres compañeros/as que han pasado por sus asquerosos asientos; nos identificamos con el desprecio que se siente a la posición de constante subordinación, al trabajo monótono y repetitivo que allí se desarrolla, al despotismo del silencio y el tedio al que te ata tu puesto de teleoperador, tu ordenador y los cascos con micrófono. También nos sentimos aterrados ante las miles de biografías que un día entraron de modo temporal y casual en estas grandes plataformas para ganar un dinero esporádico (o para realizar un sueño que precisaba de ciertos ahorros) y quedaron atrapadas allí para siempre: opositores, amas de casa, estudiantes en paro y un largo etcétera.

¡Malditas sean esas cárceles humanas! Todo el colectivo debe conocerlas. Por ello, decidimos contactar con otro compañero que trabaja en la macroplataforma que está en nuestro barrio: él tiene turno de noche, los fines de semana, y allí vamos. Sábado, 4 de la madrugada, aprovechando una salida nocturna, nos presentamos en la Plataforma, un edificio inteligente (curiosa contradicción) construido todo en cristal y con una estructura metálica pavorosa. Esta Plataforma está en la planta baja, allí está nuestro compa, sentado, leyendo un libro, «muerto del asco», como él mismo dice. Empezamos a hacerle señales a él y a todas sus compañeras (hay mayoría de chicas), pero es extraño, parecen no vernos. Efectivamente, no nos ven, estos cristales son inversos: desde el exterior vemos los puestos de trabajo, todos vacíos porque la gente está junta charlando y el encargado duerme, pero ellos y ellas no nos pueden ver. Bonita metáfora para comenzar: nosotros les podemos ver, pero ellas a nosotros... no nos ven. Por ello, comenzamos a aporrear los ventanales, a gritar, a hacer señales y, por fin, nos hacen caso. Contactamos con nuestro compañero, que aprovecha los ronquidos del jefe para escaparse de la Plataforma. ¡Victoria! Un abrazo y nos sentamos en círculo con unos litros de cerveza; pasamos así más de dos horas, de charla, conociendo los intestinos de aquel monstruo de producción de comunicaciones para la promoción, el ocio y el consumo.

Un solo adjetivo común: el aburrimiento, el tedio, el cansancio acumulado por la inutilidad de todo el proceso, por lo absurdo del trabajo, por las horas muertas que se suceden en la noche. El relato no difiere mucho de lo que contaron esos otros compañeros que trabajaban durante el día, sólo que algunos elementos se hacen más duros por la noche. Aquí (nos cuenta nuestro amigo) no te pagan por la sonrisa telefónica, por la cantidad de ventas, por la habilidad para promocionar el producto, etc. Aquí te pagan por ser capaz de aburrirte como una ostra. Nuestra visita había venido a arruinar esa lógica. La plataforma es un laboratorio de distracciones de los más variado: desde los ronquidos del encargado (aún en fase REM) hasta la lectura, desde las charlas nocturnas hasta la visita de un grupo de investigación sobre precariedad, aunque ese ritmo sólo se aguanta unos meses. Si no escapabas de él, te destroza. Huir de allí es un objetivo común, pero antes hay que ganar un poco de dinero. En la mente de los que allí trabajan hay viajes, cursos, tesis doctorales, investigaciones de todo tipo, pero también hay hipotecas y familia, hay necesidad de sobrevivir y, por eso, el fin del contrato se vive con bastante alivio, pero también con el miedo angustioso a tener que volver a sumergirse en otro trabajo de semejante factura. Entre anécdotas y valoraciones (a las que dedicaremos en el futuro un texto específico) nos despedimos. No importa que demos muchos datos en este texto de quienes estaban aquella noche en la Plataforma de la empresa UNI2: a día de hoy ninguno de ellos continúa trabajando allí. Han partido hacia otros lugares, comunes a los que otros de nosotros vivimos. Allí nos encontraremos.



En la discusión, llegamos a un acuerdo: el de *telemarketing* es un trabajo que odiamos y hay muchos como éste. Es cierto que en este sector tenemos un puesto cuando queramos, pero lo odiamos, se lo cedemos al señor Aznar con mucho gusto. No queremos aburrirnos a cambio de un salario, aunque por temporadas nos veamos obligados a hacerlo.

Algo muy parecido le sucede a otra compañera con la que estuvimos charlando en otra larga noche. Trabaja en el VIP's, de camarera. Allí, al igual que en el *telemarketing*, se aprende un «oficio» específico, en este caso el de servir mesas, llevar bandejas, trabajar con un contrato temporal y tener horarios flexibles de muy pocas horas semanales. En cada centro de trabajo, la división es bien clara: inmigrantes marroquíes en la cocina, sudamericanos/as en la barra y la limpieza, autóctonos/as de camareros y en la barra. Estos últimos son la cara amable de la empresa: estudiantes universitarios con un altísimo grado de movilidad que trabajan unos meses para ganar un dinero y luego realizar otros proyectos. La historia se repite, porque también hay gente que permanece allí, que no puede escapar de este contexto laboral. Pero en este caso, hay un elemento dentro de las condiciones de trabajo que duele especialmente a nuestra compañera. Si en otros trabajos es la capacidad para relacionarte y hablar una exigencia para cumplir el perfil, en el VIP's hay una regla de oro: «no se puede hablar». La consigna es clara y hablar es signo de falta de dedicación y motivo de despido. Este silencio impuesto puede ser una verdadera tortura para un puesto (el de camarera) que se basa en el trato con los clientes y con los y las compañeras. Se trata de una forma de deshumanizar el puesto de trabajo, obligando a nuestra compañera a ser fría, concisa, maquinal, a estar petrificada, en definitiva, a no-ser.

«Logran que parezcamos máquinas», nos dice otro compañero que estuvo haciendo desarrollos y otros trabajos informáticos para un organismo público. ¿Un funcionario? No. Estaba contratado por una Empresa de Trabajo Temporal para una empresa que vende servicios al ministerio. Las condiciones de trabajo eran realmente duras. Tenía que hacer viajes de una semana entera para hacer instalaciones de sistemas informáticos. El contacto humano no existía: de lunes a jueves, recorría en solitario la península, trabajaba en asépticas oficinas y dormía en fríos hoteles, dejando atrás y en suspenso la participación en el *hacklab* y en el colectivo de barrio, perdiéndose el cotidiano de las comunidades militantes y afectivas de las que forma parte, dejándose la vida en un trabajo ridículo, sin mayor incentivo que un buen sueldo y con la posibilidad de tener (oh, excepción) cierta estabilidad en el contrato. Pero en ese contrato estable quedaba excluido todo lo que se refiriera a una vida digna, a un proyecto vital que excediera el ritmo marcado por la *dedicación plena* del propio tiempo al trabajo. Dos meses es lo que tardó nuestro compañero en abandonar el puesto. Por lo que pudo averiguar en el momento de su fuga, muchas personas antes hicieron lo mismo.

Porque el trabajo fijo y con ciertas garantías tampoco es nuestro horizonte. Esto lo demuestra otro compañero que acaba de entrar en un taller de fabricación en serie de todo tipo de llaves. El negocio, de un familiar próximo, es seguro y ofrece un trabajo estable, pero el trabajo es monótono, cansado y muy aburrido. Demasiadas horas muertas, demasiadas reuniones perdidas de las redes sociales y militantes de las que forma parte, demasiado tiempo robado a los dos proyectos de comunicación crítica (un periódico y una revista) en los que participa. Tras trabajar un cierto tiempo, el dinero obtenido es suficiente y abandona el trabajo: otra nueva huida, pues, en busca de un empleo más ajustado a las propias expectativas, una huida para recuperar la vida perdida en los meses de trabajo.

Aburridos, monótonos, esporádicos y fugaces: así son nuestros trabajos, con mejor o con peor contrato. Precariedad es vivir el trabajo como lo vive toda una generación de jóvenes, tal y como lo expusimos en nuestra autoencuesta. Conscientes de quiénes somos y de que formamos sólo uno de los posibles puntos de vista que concurren en estos puestos de trabajo, cruzándonos con las biografías de gentes mucho más mayores, con migrantes que están a nuestro lado en condiciones absolutamente diferentes, amas de casa o padres y madres de familias hipotecadas, quizás nosotros y nosotras dentro de unos años, pero por ahora somos... lo que somos, y desde ahí pensamos.

Desde luego, no somos vagos, ni pequeñoburgueses, ni niños/as de papá: desde nuestras exigencias vitales y militantes quebrantamos la ética del trabajo. Planteando nuestra estrategia de lucha, lo cual significa, aquí y ahora, comprendernos y conocernos, hacer de lo que somos una de las temáticas de nuestra militancia. Y queremos huir del trabajo, inventarnos canales, pensando que es posible. Quizás estos canales sean endebles y precarios, tal y como son los mismos trabajos a los que tendríamos acceso, pero en este caso son trabajos autoorganizados y basados en nuestros criterios de vida, en los que podemos obtener el dinero suficiente para vivir trabajando pocas horas y controlando todo el proceso.

De los puestos de chuches a las redes de software libre. La tercera hostia la damos nosotras... (Apuestas desde el trabajo autoorganizado)

Como podemos, devolvemos los golpes, tímidamente. Algunos de los trabajos en los que nos sentimos más o menos cómodos tienen características muy específicas: son trabajos que se acercan a lo que nos gustaría hacer por nuestra cuenta. Éste es el caso de un compañero que trabaja diseñando y maquetando una revista, esto le permite desarrollar capacidades de creación autónoma. Al poner en juego distintas habilidades intelectuales, el aburrimiento o el desprecio a la labor realizada desaparecen. Claro, entran en juego otras variables, como el ambiente del centro de trabajo, la incertidumbre ante la renovación de contrato o el carácter despótico de los jefes, pero el trabajo es esencialmente distinto.

Como esencialmente distinto es el grupo de trabajos autoorganizados de los que sobreviven seis miembros del colectivo. Uno de ellos es un trabajo de mantenimiento de sistemas de *software* libre, quizás uno de los trabajos más relacionados con la producción cooperativa y libre, un perfecto engarce entre militancia y supervivencia, ya que nuestro compañero es miembro de uno de los *hacklabs* más potentes de Madrid. Sin esa formación previa, hubiese sido imposible que existiese el puesto de trabajo en el que se encuentra y sin esas redes militantes, el puesto de trabajo nunca hubiese tenido candidato a ocuparlo con la formación necesaria.

Actitudes y saberes comunes, aprendidos en colectivo y que se aplican en el común de nuestras vidas. Otro compañero sobrevive de proyectos de investigación histórica que financian entidades públicas y que caen sobre una sociedad ficticia de investigadores que redistribuyen ese dinero para que puedan vivir varias personas, que pueden así desarrollar esos



intereses intelectuales que les llevaron a coincidir en la facultad de Historia. Las redes militantes que compusieron el grupo como entidad colectiva, el sesgo vocacional y, sobre todo, el componente autoorganizativo del desarrollo del proyecto, unido a la flexibilidad de los tiempos, que permite liberar gran cantidad de horas para el trabajo militante, son factores determinantes para comprender su utilidad.

Éstas son, precisamente, las mismas características que concurren en una de las redes laborales y militantes más importantes de Madrid: los puestos de venta de «chucherías» de las universidades. Esta idea de autoempresarialidad que parte de un grupo de militantes de la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense y que hoy en día cubre más de seis facultades y da trabajo a decenas de personas relacionadas con la universidad y el ámbito militante, aquel mismo que dio cobertura a los puestos a la hora de pelear cotidianamente su presencia en las facultades, pese a su «alegalidad». Son cuatro los compañeros y compañeras del colectivo que consiguen una renta a través de un trabajo autoorganizado en estos puestos, ganando un salario digno por pocas horas de trabajo e invirtiendo, así, la relación esencial de la precariedad: sueldos de miseria por muchas horas de trabajo y en unas condiciones detestables.

A duras penas, respondemos a los embates que nos lanza el mercado laboral y nuestro posicionamiento vital es, por definición, político. Escapamos del trabajo porque éste no nos ofrece nada, autoorganizamos ciertos yacimientos de renta en el trapezio de la independencia con respecto de nuestras familias, pero también tenemos un punto de equilibrio situado sobre la red de las rentas de nuestros padres y madres, en muchos casos, viviendo todavía en la casa familiar. Aquellos de nosotros que ya nos hemos independizado, nos agrupamos en casas de alquiler compartidas, en un contexto de «economía de guerra», intentando siempre generar pequeños fondos de previsión (ahorros) que nos ayuden cuando nuestras fuentes de ingresos se rompan (porque decidimos dejar el trabajo o nos despiden).

Los nuestros son, pues, esfuerzos de trapecista: flexibles, imprevisibles y escurridizos. Combatimos la precariedad inventando modos de adaptarnos al alambre sobre el que circulamos, un alambre tan escurridizo como es la renta que recibimos, tembloroso como nuestros tipos de contrato y azotado por los vientos de la reestructuración de los servicios públicos y estatales. Estamos

apostando fuerte, porque ahora, una vez que comenzamos a entender dónde estamos y (tras la puesta en común) sabemos algo más de los circuitos precarios en los que nos desenvolvemos. Por lo tanto, queremos ponernos a imaginar cuáles serán nuestras armas. Algunas y a las hemos encontrado, otras no. Entre ellas se encuentran las ideas de lanzar proyectos de investigación sobre la precariedad, recuperar el sindicalismo de base, producir proyectos de autoorganización del trabajo, diseñar herramientas que nos den pistas en el momento de avanzar propuestas de intervención que estén dirigidas a cortocircuitar las diversas lógicas de producción en las que nos insertamos, para que nunca más se haga una huelga general sin nosotras.

Colectivo Estrella,
Madrid, noviembre de 2003





Mamá, ¡quiero ser artista!

Apuntes sobre la situación de algunas trabajadoras en el sector de la producción de imágenes, aquí y ahora

La representación como comunicación y como (re)producción de realidad(es)

– Es mejor que hagas unas oposiciones, nena... con lo lista que tú eres... podrías sacarte cualquier carrera... No sé... puede que tengas vocación, pero también lo podrías hacer como hobby, ¿no?... Tú verás lo que haces...pero ¡te vas a morir de hambre!

Ésta era (y sigue siendo), más o menos, la reacción de nuestras/os allegadas/os (especialmente si nacemos en el seno de una familia trabajadora, con una relación lejana o inexistente con cualquiera de los campos de la producción cultural) ante nuestra apuesta por un incierto futuro profesional.

Lo cierto es que, en las condiciones actuales de la producción de representación dentro del Estado español, prácticamente en todas sus vertientes (especialmente en las más críticas y/o menos comerciales), algunas de sus oscuras expectativas se ven cumplidas. En lo que mamá se equivocaba, sin embargo, es en pensar que la inestabilidad, la desregularización y la escasez o falta de remuneración afectarían sólo a los trabajos «creativos», «poco serios», que no tenían/tienen siquiera en muchos casos la consideración social de «empleo» y que, además, aparecían/aparecen vinculados a formas de vida, cuando menos, «irregulares» y poco propicias para el ascenso social.

Aún así, nosotras perseveramos y tras un periodo de estudios más o menos ligados a la imagen o una formación autodidacta, nos encontramos inmersas en una labor sin horarios ni reconocimiento, muchas veces sin contrato, un «trabajo» que no se considera «empleo», una especie de «voluntariado indefinido» apoyado en una dudosa y ególatra concepción del talento, del que se espera que nos cansemos más o menos pronto.

En el mejor de los casos, podremos sobrellevar con enorme cansancio un pluriempleo forzoso que desdoble nuestro tiempo en «empleos asalariados» y en «lo que de verdad considero mi trabajo», y si además somos mujeres (y parafraseando al colectivo estadounidense *Guerrilla Girls*), podremos «tener la suerte» de elegir entre la maternidad o el tiempo para nosotras mismas y una carrera profesional absorbente, sin vacaciones ni pagas extra: un exámen continuo donde siempre estás empezando.

Si bien es cierto que todo el sector audiovisual (desde la publicidad o el diseño, hasta la producción de noticias o documentales en los *media*, desde el cine comercial hasta la elaboración de

imaginario dentro del ámbito del arte) comparte elementos comunes muy significativos, convendría hacer algunas distinciones entre sus diferentes aspectos, al tiempo que subrayar hasta qué punto la situación de las mujeres en los diversos campos de la representación sigue siendo conflictiva.

Por cuestiones de espacio, tras un breve análisis conjunto, centraré este breve escrito en mi experiencia más cercana, la precariedad y sus incidencias dentro del mundo de la creación artística. Un territorio definido por algunos sectores de la «institución arte» como un «espacio de libertad» lleno de posibilidades que, a poco que se conozca y analice, se presenta como uno de los terrenos laborales más anacrónicos, jerárquicos, sexistas y clasistas que todavía persisten. No en vano, como hubieran apuntado algunos marxistas de antaño o la siempre lúcida Teresa de Lauretis, la representación es un aparato privilegiado de generación/difusión de ideología que debe ser controlado en todos sus aspectos, desde la generación a los dispositivos de recepción.¹

Elaborar imágenes es una actividad política, enmarcada de diversas formas en el sistema de producción, que genera plusvalías tanto en el terreno económico como en el terreno simbólico. Ya sea como transmisión de información, como marca o imagen de una mercancía o servicio, ya sea como representación del mundo o de la subjetividad del o de la artista, producir representación es un trabajo de acción comunicativa y simbólica donde los parámetros de clase, raza, género, opción sexual, etc... están activados al máximo nivel, por ello, comporta marcos de censura y autocensura importante y bien interiorizados por los/las que nos dedicamos a ello.

La representación no «refleja», sino que construye (nuestra posición en) el mundo y se levanta sobre códigos bien definidos: continuidad, coherencia, ordenación teleológica generada por convenciones temporales y espaciales (por ejemplo, las elipsis o el plano/contraplano), delimitación clara entre lo «ficticio» y lo «real», distribución dicotómica entre el observador-sujeto y el/la observada-objeto, oscurecimiento o negación de los mecanismos de construcción y de los marcos históricos de los conceptos y las formas visuales... Estamos destinadas a reproducir si no hacemos un esfuerzo por problematizar la mirada, por transitar los umbrales de lo definido como «visible», por cuestionar la simplificación y naturalización del orden visual legitimador como el único posible.

Construir imágenes se convierte, dentro de esta estructura, en una mera (re)presentación conivente (consciente o inconsciente) de significantes y significados tanto narrativos como simbólicos, los únicos que nos parecen posibles para ser «entendidas» y «aceptadas» por el público, los únicos admitidos por los circuitos establecidos (ya sean mediáticos o artísticos), los únicos que podemos, incluso, llegar a imaginar, gracias al persistente consumo y a la retroalimentación imperante de nuestra inmensa marea de mercancías audiovisuales, que provoca una infinita «variación homogénea» de cuerpos, actuaciones o soluciones narrativas siempre convergentes.

La representación generada por este marco aceptado está, en definitiva, condenada a (re)producir y (re)encarnar estereotipos y relatos, a elaborar productos enquistados y reificadores que instituyen la paralización, el embotamiento y la fascinación como herramientas, que aseguran la explotación y la objetualización visual, en vez de abrir una puerta a una posible reciprocidad, hacia una «representación participativa», como diría Martha Rosler,² que transite entre las fronteras del «ojo» y el «espejo», de lo activo y lo pasivo.

¹ Véase Lauretis, Teresa de, «La tecnología del género», en Lauretis, *Diferencias*, horas y Horas. Madrid, 2000.

² Véase Rosler, Martha, «Si vivieras aquí», en Blanco, P, Carrillo, J, Claramonte, J & Expósito, M (eds.), *Modos de hacer. Arte crítico, esfera pública y acción directa*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001.

La reactivación de fórmulas y comportamientos reaccionarios o el intento de regeneración de las fronteras entre «alta» y «baja cultura» acaecida desde la década de 1980 en las propuestas visuales occidentales (desde el cine a la TV, desde la moda al videoarte) como forma de aislar o neutralizar posibles contestaciones al «ojo imperativo» (desde el arte o el audiovisual feminista hasta los análisis que superan las posiciones economicistas postmarxistas para profundizar en la crítica de la producción cultural como una mercancía interseccionada por los estándares genéricos, étnicos, de clase...), hablan de la enorme dificultad de pensarse fuera de lo «visible homologado» y sus redes de distribución y de la escasez de desafíos a la mirada unívoca, incluso en el aparentemente «experimental» mundo del arte.

Al propio miedo y a la imposibilidad traducida en autocensura, se une el silenciamiento en la recepción, merced a las estrechas relaciones entre la producción, la distribución y el consumo, un círculo de difícil acceso y más compleja ruptura, que hace casi impensable la presencia de construcciones visuales no reproductivas, excepto cuando actúan como pequeñas incursiones «políticamente correctas» destinadas a producir una plusvalía simbólica muy concreta (una ilusión de conflicto falaz o de pluralidad aparente, por ejemplo) o cuando están a punto de ser asimiladas y convenientemente desactivadas (un proceso constante) por los códigos hegemónicos.

Si bien es verdad que la influencia social de la televisión o del cine comercial no es comparable a la de las diferentes formas y soportes del arte, las condiciones de la denominada «manipulación de códigos visuales» tienen aspectos coincidentes. Tanto en el marco meramente comunicativo como en el creativo, las trabajadoras audiovisuales estamos sometidas a condiciones extremas de flexibilidad, saqueo afectivo, movilidad, inseguridad o competencia brutal propias de la producción inmaterial, al tiempo que, una total desregularización del tiempo de trabajo/tiempo de ocio y una completa confusión de los espacios de uno u otro ámbito (especialmente si realizamos en parte o completamente el trabajo en casa) se imponen en nuestros cuerpos y nuestras formas de vida.

Trabajamos siempre y en todas partes: en casa, en la oficina, en la productora o en la agencia. Pero, además, todas hemos aprendido a rentabilizar nuestras experiencias y a someter nuestras necesidades a los imperativos de una tarea que presenta el «añadido vocacional» (estás haciendo lo que quieres ¿no?) y por lo tanto requiere nuestra completa dedicación.

(Casi) todas hemos concluido que la mirada y las representación hegemónica del mundo es patriarcal y heteronormativa y, por lo tanto, que hablar desde una posición de género como una variable política supone un esfuerzo añadido, un esfuerzo estratégico que se suma al que ya hemos hecho al intentar camuflar nuestros ojos para conseguir producir imágenes dentro del orden visual hegemónico (y esto es igualmente válido en el campo de la enseñanza y el análisis de imágenes y dispositivos, donde como mínimo te tildarán de «falta de objetividad» si enseñas algunas de las aportaciones de la teoría feminista); además, algunas de nosotras hemos



aprendido que, lo que se presenta como natural, coherente y lógico, no es sino una composición clasista, donde se asume como normativo un marco visual arbitrario y jerárquico que no es sino un bagaje de difícil y costosa adquisición, especialmente si tu primera visita a una pinacoteca la has hecho en la excursión de fin de curso del colegio.

Si bien, como ya apuntaba más arriba, construir imágenes en cualquier ámbito comparte estos y otros aspectos comunes, las condiciones de producción, el compromiso personal o la responsabilidad en la generación y difusión de las mismas es, obviamente, muy diferente cuando trabajas en el ámbito de la producción artística o en una grande o pequeña empresa de comunicación o diseño.

La elaboración de imágenes en el territorio comunicativo está regulada por los marcos del grupo empresarial en el que esas imágenes se emitan y su distribución forma parte de la generación de un relato institucional más amplio, al tiempo que está impregnada de la rapidez y la inmediatez propia de los *media* (dinamismo, levedad, novedad...): el imaginario mediático tiene una influencia y una difusión que no posee la imagen de la institución arte, pero también se olvida y se consume más rápidamente. Como «espejo» del mundo que las produce, confunde la realidad con su representación, para reafirmar los roles y las identidades homologadas produciendo la sensación de un sistema sin fisuras ni intersticios, trabado, continuo y teleológico, donde «las cosas son así y así se las hemos contado».

Las trabajadoras de estos medios están abocadas a una negociación constante, tanto conceptual como formal, con el marco de producción y emisión y consigo mismas; saben que su capacidad de maniobra es pequeña pero significativa (sobre todo debido a su influencia social y a su capacidad de difusión, no hay que olvidarlo...). La importancia y dificultad fundamental de estas representaciones reside en su enorme impregnabilidad en los usos, estereotipos y corporeidades cotidianas.

Teniendo en cuenta este contexto, la responsabilidad de las trabajadoras de los medios respecto a la producción y distribución de esos productos es relativa: en sus productos, la censura y los límites de lo visible suelen estar impuestos previamente, como sucede en gran parte de las trabajadoras de la industria cultural comercial en general. La autocensura, aquí, se vive como interiorización de los mecanismos y rentabilidades empresariales. Sus condiciones laborales, si bien sufren el peso de una profesión «vocacional», suelen incluir una retribución pautada y una regulación estipulada, aunque las formas contractuales sean paulatinamente más débiles (contrato por obra, eternos contratos en prácticas, interminables horas de preparación, despidos improcedentes...) y más «performativas» (mayor puesta en juego de la imaginación, de la subjetividad y del cuerpo, especialmente en los medios audiovisuales...).

Como ya apuntábamos, la precariedad en sus diversas formas (la flexibilidad, la inestabilidad, la indeterminación de funciones, la (auto)explotación de las experiencias y emociones, la movilidad extrema, la escasez o inexistencia de salario...), definen a casi todos los trabajos en el terreno de la producción cultural y la comunicación incluso los más ventajosos económicamente o los mejor situados en la jerarquía cultural: comisarios/as de exposiciones, directores/as de museos, grandes estrellas mediáticas..., excepto cuando entramos en el campo de un funcionariado de rotación paralizada o extremadamente ralentizada legislativamente, trabajadores fijos de RTVE o de museos institucionales, por ejemplo.

Pero ¿qué ocurre cuando la producción de imágenes no está dentro de la lógica de la empresa o no tiene una finalidad primordial de divulgación y/o entretenimiento, sino que se produce a partir de la «necesidad personal» o como «una forma de crítica hacia las estructuras de la realidad circundante»? es decir, cuando dices en casa: «Mamá, ¡quiero ser artista!»... y no precisamente una folclórica, no...

Manual de supervivencia... o cómo se vive la precariedad en el glamuroso mundo del arte

Lo primero que piensa una persona cuando le explicas que eres artista es que no necesitas trabajar para vivir y, por lo tanto, que tu familia tiene mucho dinero o que alguien se encarga de proveer tus necesidades.

Cuando llegas al mundo del arte (y, en general, a cualquier profesión vinculada a la producción o transmisión de lo definido como «cultura») procedente de un grupo de lo que hasta hace unas décadas era la clase trabajadora, o simplemente eres ajena al medio o estas en desacuerdo con él, percibes enseguida tu «extranjería» en medio de su «endogamia», o si lo preferís, tu «discordancia» en medio de su «consenso»: debes reencarnar tus gestos y tus palabras, autocontrolar tu concepto de lo que es producir conocimiento y camuflar delicadamente el miedo generado por la inseguridad y el coste emocional de tu aventurera osadía.³

Y es que la primera carencia de los artistas, en un importante número de casos, es su inconsciencia como trabajadores, una idea acentuada por la construcción profundamente arraigada del demiurgo romántico, desclasado y saturniano, demasiado individualista para mirar a su alrededor, perpetuada y acentuada por el imaginario mediático hasta nuestros días.

La «institución arte» tradicional niega la condición de trabajador del artista y su capacidad de influencia y responsabilidad en la vida cotidiana, para esconder, así, las vinculaciones políticas de la representación: el arte, el «gran arte», se presenta como eterno e inalterable, des-histórico, distópico y trascendente y por lo tanto, ajeno a las condiciones materiales en las que se elabora.

Si bien cabría pensar que tras décadas de análisis materialistas, después de una aparente diversidad de tipologías de artistas y tras las más que probadas vinculaciones de las imágenes con el instrumental ideológico, el concepto de la elaboración de la representación fuera del marco empresarial comunicativo sufriría una transformación definitiva, ésta no se ha producido en profundidad. El arte se sigue pensando como un espacio no contaminado, de «autonomía absoluta»,⁴ poblado de individuos sin sexo ni clase, que trascienden sus condiciones vitales para formalizar sus emociones, con un interés por el rendimiento económico muy secundario («todo por amor al arte») o abiertamente cínico («todo por la pasta»).

Tras la evidenciación de la influencia de los modelos económicos en la producción artística y la «repolitización» y el replanteamiento del papel social de las y los artistas durante la década de 1960 y 1970 y la década de 1980 se produce una importante reactivación de las jerarquías y los

³ A este respecto, es muy interesante el texto de Walkerdine, Valerie, «Sujeto a cambio sin previo aviso: la psicología, la posmodernidad y lo popular», en Curran, J., Morley, D. & Walkerdine, V. (eds.), *Estudios Culturales. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el postmodernismo*, Paidós, Barcelona, 1998, donde la autora relata su propia experiencia y el desgaste emocional que supone su «viaje» desde los suburbios londinenses hasta llegar a convertirse en profesora titular de psicología en una prestigiosa universidad británica.

⁴ Para profundizar en la idea de «autonomía relativa» de las imágenes frente a la «autonomía absoluta» tradicional, así como en otros conceptos repetidos a lo largo de este escrito como «capital simbólico» o «institución arte», es muy útil la lectura de algunos libros del sociólogo francés Bourdieu, Pierre, especialmente *Las reglas del arte*, Anagrama, Barcelona, 1995 y *Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona, 1999.

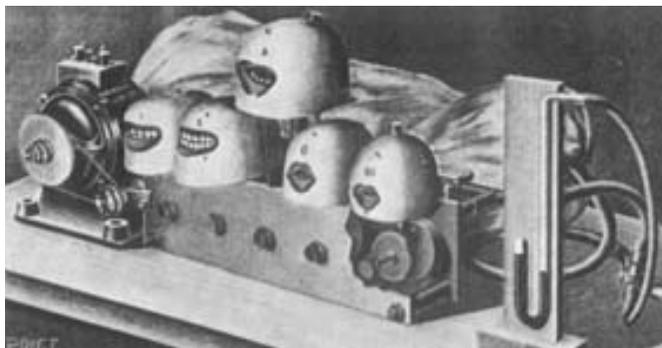
estereotipos más conservadores y, al menos en el estado español, no será hasta mediados de la década de 1990 cuando una nueva generación de artistas reanuden el análisis de la relación de las condiciones económicas e históricas de las imágenes; en especial, una generación de mujeres que retomamos algunos de los planteamientos feministas, para descubrir que nuestra posición en el mundo del arte sigue siendo completamente subalterna.

A las condiciones de precariedad propias de la industria cultural expuestas más arriba, las artistas debemos añadir la presión de un trabajo vocacional idealizado, en el que aplicamos el grado máximo de autoexplotación y que nos lleva a adoptar el trabajo como una forma de vida y nuestro propio cuerpo como un territorio más de nuestro «proyecto»: ningún esfuerzo es suficiente, nada es bastante por nuestra carrera (posponer o renunciar a la maternidad, no tener tiempo y/o espacio propio, no atender a nuestra familia, amigas/os o pareja, acumulando con ello una gran frustración que nace del choque entre nuestra educación para el cuidado y nuestro trabajo....). Nos convertimos en nuestra propia empresa y asumimos los límites de nuestras investigaciones sin explorar demasiado hasta qué punto responden a una censura autoimpuesta.

Si además, como apuntábamos al principio de este capítulo, no provienes de un medio que «entienda» y/o «comparta» tus decisiones, has de lidiar contra tu propia inseguridad, contra las opiniones y miedos que provocas en tus allegados, y contra la desprotección económica, teniendo que sobrellevar interminables jornadas laborales que produzcan rendimientos inmediatos para poder «permitirte el lujo» de hacer arte.

Una de las responsabilidades históricas de las personas como es articular visualmente su mundo y sus contradicciones, y generar imágenes divergentes que permitan pensar otras realidades posibles, se convierte en un esfuerzo doloroso y agotador, está, además, sabotado por un paradigma mediático grotesco de lo que es o debe ser una artista paradigma, en el que no te reconoces y que genera no pocos conflictos personales.

Si además eres una mujer consciente de la carga paralizante que los estereotipos genéricos dominantes dentro de la historiografía transmiten (la «doliente» Frida Kahlo, la «hermosa» Tamara de Lempika, la «mágica» pero «loca» Eleonora Carrington....), y de la cosificación de las imágenes dentro del mercado del arte, las contradicciones se agudizan.



La producción cultural en general, pero especialmente la producción de imágenes «artísticas» esconde una oscura trastienda más allá del *glamour* de las inauguraciones y las emociones domesticadas, donde hablar de las muchas veces contradictorias fuentes de financiación sigue siendo «de mal gusto»: inexistencia o extrema escasez de honorarios, falta absoluta de contratos o formas de contratación irregulares (incluso entre artistas y galeristas, que se supone tienen una vinculación de medio o largo plazo), relaciones de clase que condicionan la entrada en ciertos circuitos, sexismo implícito y explícito (hay un gran número de mujeres en la producción cultural, pero, en la mayor parte de los casos, o bien incorporan modelos de ejercicio del poder patriarcales, o siguen actuando como «madres-cuidadoras» o como «gestoras desvalorizadas», sin suficiente «talento o

talante» para haberse convertido «en grandes artistas») y una ausencia casi completa de debate en cuanto a las condiciones materiales de la producción artística (irresponsabilidad o carencia de posición de las/los productores de representación dentro del sistema económico y político; (auto)explotación e instrumentalización de la imagen del/de la artista, convertida muchas veces en un fetiche; autoproducción de los proyectos en la mayor parte de los casos, incluso cuando se trabaja para instituciones; ausencia, casi siempre, de remuneración durante el proceso productivo a cambio de la inflación, aceptada, del objeto final, ahora ya más o menos único y postaurático...)⁵

Éstas son algunas de las situaciones que dibujan un panorama donde las y los artistas seguimos (muchas veces a nuestro pesar) alimentando la falaz imagen del «genio» autosuficiente, asumiendo ideas de «éxito» y «fracaso» absolutamente personales ancladas en los parámetros de la mistificación y el prejuicio del demiurgo, suscribiendo la idea romántica de que la representación no es una forma de acción política estratégica y por lo tanto coyuntural y profundamente vinculada a las condiciones históricas, sino una aportación subjetiva al mundo que pretende acceder al reconocimiento en forma de relato histórico institucional universalizador.⁶

Sin embargo, no todos los artistas comparten la necesidad de posicionarse dentro del marco de las relaciones de producción: evidenciar la precariedad, el sometimiento y la autocensura en la que trabajamos las generadoras de representación, denunciar la necesidad de desarrollar un imaginario fuera de las construcciones del individualismo cartesiano, así como hablar del enorme cansancio acumulado por el trabajo a tiempo completo, no parecen estar en la agenda, ni siquiera de las frustrantes asociaciones de artistas. Todo ello implicaría, por ejemplo, cuestionar en profundidad la propia idea de lo que es un/a artista, empezar a pensar la creatividad como una capacidad y un instrumento colectivo y, por último, pensar el arte como un trabajo político con un marco histórico bien definido, que no sólo no pretende la eternidad y la trascendencia, sino que las denuncia como parámetros represivos.

Por otra parte, cuando el capitalismo postindustrial se ha apropiado y ha rentabilizado las formas y presupuestos habituales de la producción artística (la imaginación, la dedicación, la puesta en juego de los elementos autobiográficos, de los terrenos de la emoción...) ¿tiene realmente sentido seguir considerando la apuesta de una producción audiovisual fuera de los *mass media*? ¿es oportuno pensarse como artista, especialmente si eres mujer?

Me gustaría responder coyunturalmente con una reflexión al hilo de un texto escrito no hace mucho, donde trataba de desbaratar la irritante mi(s)tificación del trabajo de Ana Mendieta y donde sostenía mis dudas respecto a la necesidad de una historia del arte feminista, apuntando, más bien, a los diversos feminismos como instrumentos de análisis político de las imágenes que ningún historiador o historiadora debería dejar de utilizar en mayor o menor medida, problematizando así los marcos mismos de elaboración de las narrativas históricas.

Desde este punto de vista, como feminista y como trabajadora dentro del ámbito de la producción audiovisual, creo que debemos seguir estando ahí, para generar (aún precariamente) otros ojos posibles (aunque no salgan nunca en la tele), diseñando estrategias siempre móviles (ya sabemos que la asimilación es permanente) y evidenciando las condiciones y los esfuerzos que han costado estas imágenes, pero también siendo conscientes de sus posibilidades de generar nuevas imágenes (en definitiva, de su capacidad de agencia política) para nosotras y para otras y otros.

⁵ Para profundizar en el panorama de las condiciones materiales del arte en el contexto del estado español es interesante el escrito de Expósito, Marcelo y Navarrete, Carmen (en el momento, además, del nacimiento de las asociaciones de artistas visuales), «La libertad (y los derechos), también en el arte, no es algo dado, sino una conquista, y colectiva», en Pérez, David (coord.), *Del arte impuro. Entre lo público y lo privado*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1997.

⁶ Para una crítica a la reproducción de los estereotipos más reaccionarios del creador/a conviviendo con las nuevas «net-condiciones» de trabajo inmaterial y reticular, es muy interesante el artículo de Kuni, Verena, «Some Thoughts On The New Economy of Networking. Cyberfeminist Perspectives on “Immaterial Labour”, “Invisible Work” and other Means to Make Carreer as Cultural Part Time Worker under Net_Conditions», en *Future is femail*, Old Boys Network, Hamburgo, 1998. Disponible también en: http://kuni.org/v/obn/vk_cfr_01.pdf

⁷ En este contexto de reactivación de algunas herramientas visuales y conceptuales del cine feminista como problematización de los marcos representacionales y sobre las condiciones de producción y recepción de las imágenes dentro del actual proceso de inmaterialización de las mercancías, se presenta el proyecto actualmente en desarrollo «tiempo real. Imágenes, palabras y prácticas políticas desde los cuerpos de la precariedad: apuntes para una teoría del discurso», enmarcado en la propuesta expositiva *Total work*, comisariada por Montse Romani, en la que participamos Ursula Biemann y yo. Textos disponibles en la red en www.total-work.geobodies.org

⁸ Me refiero aquí, naturalmente, al artículo de Mulvey, Laura, «Placer visual y cine narrativo», *Screen*, 1975 (traducido al castellano en *Episteme*, Valencia, 1988), revisado posteriormente por la propia autora en 1981 en un texto titulado «Afterthoughts on “Visual Pleasure and Narrative Cinema” inspired by “Duel in the Sun” », *Framework* 6, 15-16, 1981.

⁹ Boyle, Deirdre, «Un epílogo para la Guerrilla TV», *Acción Paralela*, n.º 5, Madrid, enero 2000.

Y para explorar unas imágenes «otras», bien podríamos aprender de algunas experiencias anteriores e incluso retomar o reactualizar algunas de sus estrategias, articulando las formas de actuación en tres territorios interrelacionados entre sí, los que conforman el ciclo consumo, producción y distribución.⁷

Si en el ámbito del consumo tendríamos que hacer un esfuerzo (o una liberación) de reactivación de los mecanismos deconstructivos (tanto personales como colectivos) para escapar del adormecimiento provocado por la neo-sutura mediática (y no me refiero con ello a una vuelta al displacer radical de Laura Mulvey⁸, sino, más bien, a una búsqueda de placer visual menos homogénea y menos edípicamente reglamentada y reduccionista), en el campo de la producción de imágenes, sería necesario continuar lo que Trinh T. Minh-ha llamaría un «proceso de negociación con los límites de lo visible» o, más bien, un asalto de estos límites y la instalación (temporal) en los intersticios, en los pliegues formados por lo «ob-scenae» (lo fuera de escena): desincronizar, desidealizar, desestetizar, repetir para contradecir la novedad devoradora a través de una cadencia de *haiku*, corporeizar las experiencias y, en definitiva, romper los relatos a través de la evidencia de la subjetividad y la discontinuidad. Todas estas se presentan como algunas herramientas fundamentales (y creo que todavía operativas) para oponer, a una mirada que se define como necesariamente objetualizadora y explotadora, una posibilidad de reciprocidad y reflexión, donde la(s) memoria(s) pueda aflorar como una interpelación, la generación de «cultura(s)» aparezca, cuando menos, como el resultado de un proceso conflictivo, lleno de divergencias y antagonismos y la(s) mirada(s) se defina(n) como el resultado de una serie de formas y significados históricamente influidos y, por lo tanto, mutables.

Con la llegada de las cámaras digitales y el relativo abaratamiento y facilidad de manejo de los programas de montaje, parece que el horizonte de la producción es mucho más accesible y controlable, que nuevos relatos e imágenes «pueden» ser contruidos sin filtros. Pero no caigamos en el optimismo tecnológico-abstracto y no repitamos algunos errores históricos, como los explicados por Deirdre Boyle en su crítico texto sobre la guerrilla TV⁹, y, sobre todo, no desatendamos lo que se convertirá en la parte más conflictiva del proceso: la distribución. Podemos generar autorrepresentación y construir contrainformación, pero ¿cómo llegar a que esos textos (visuales o escritos) se conviertan en flujo comunicativo?, es decir, ¿cómo acceder a los canales de difusión existentes? O, lo que parece más eficaz a medio/largo plazo, ¿cómo construir canales y dispositivos alternativos?.

Creo que las dificultades conceptuales más significativas a las que nos enfrentamos hoy en el marco de la construcción de imágenes son éstas: la evidencia de los límites de lo visible sobre los que trataba de reflexionar anteriormente (y la consecuente complejidad misma de «imaginar» otras representaciones fuera del orden visual homologado) y la elaboración de nuevas formas y canales de distribución, que no dependan, necesariamente, de las plataformas y redes ya existentes, con las que estamos abocadas a negociar la contextualización de nuestras producciones (al menos, de momento) si no queremos caer en una práctica artística y/o comunicativa onanista y autocomplaciente.

Si bien internet ha supuesto una herramienta y un espacio fundamental para el desarrollo alternativo de informaciones y relatos, el territorio de las imágenes difícilmente puede circular por ella en las condiciones actuales, especialmente en el espacio doméstico. Por otra parte, habría que

preguntarse si el tipo de recepción que queremos es siempre individual y privado y si la fórmula del público-usuario colectivo tiene que pasar por los actuales dispositivos de visualización. Tal vez las experiencias de pequeñas productoras/distribuidoras y las posibilidades de intercambio y/o distribución ensayadas por ellas (por ejemplo, por algunos colectivos que trabajaron/trabajan con arte, cine y vídeo de mujeres como *Women make Movies*, de Nueva York, o *Cinenova*, de Londres) puedan abrir campos de investigación al respecto.

Porque, como apuntaban hace ya algún tiempo TrabajoZero, creo que no debemos abandonar el espacio ocupado en una posible transformación de las miradas, por muy escaso que éste sea: producir conocimiento e imaginario propio es una necesidad, como una forma de acción transformadora sobre la realidad y como un modo de evidenciar los vínculos ideológicos, las opacidades y las arbitrariedades escondidas por la representación tradicional.¹⁰

María Ruido
Barcelona, octubre de 2003

¹⁰ Véase TrabajoZero: «Metodologías participativas y acción política». *Maldejo*, nº 2, Madrid, abril 2001.

traficantes de sueños

<http://traficantes.net>>>editorial@traficantes.net

mapas

1. Virtuosismo y revolución

La acción política en la época del desencanto

Paolo Virno

I.S.B.N.: 84-932982-1-2, 154 pp., 9 euros.

2. Contra geografías de la globalización

Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos

Saskia Sassen

I.S.B.N.: 84-932982-0-4, 125 pp., 8,5 euros.

3 En el principio fue la línea de comandos

Neal Stephenson

I.S.B.N.: 84-932982-2-0, 158 pp., 9,5 euros.

4. El gobierno imposible

Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia

Emmanuel Rodríguez

I.S.B.N.: 84-932982-3-9, 188 pp., 9,5 euros.

5. La fábrica de la infelicidad

Nuevas formas de trabajo y movimiento global

Franco Berardi (Bifo)

I.S.B.N.: 84-932982-4-7, 188 pp., 10 euros.

6. Otras inapropiables

Feminismos desde las fronteras

bell hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa...

I.S.B.N.: 84-932982-5-5, 192 pp., 10 euros.

7. Gramática de la multitud

Para un análisis de las formas de vida contemporáneas

Paolo Virno

I.S.B.N.: 84-932982-6-3, 142 pp., 10 euros.

8. Capitalismo cognitivo

Yann-Moulier Boutang et alli.

útiles

1. A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina

Precarias a la deriva

I.S.B.N.: 84-932982-9-8, 272 pp., 12 euros.

2. Hacer-encuesta-metropolitana

Notas sobre investigación militante

movimiento

1. Colectividades y okupación rural

Colectividad de Manzanares y colectivo malayerba

2. Estudiantes antiestudiantes

Policía, prensa y poder. Movimiento estudiantil de 1986-1987 en Francia y España

Colectivo Maldejojo (comp)

ISBN: 84-931520-7-2. 264 pp., 9 euros

3. Okupación represión y movimientos sociales

Asamblea d'okupes de Terrassa

ISBN: 84-607-1557-4. 168 pp., 7.2 euros

4. Asambleas y reuniones

Metodologías de autoorganización

Ana Rosa Lorenzo Vila y Miguel Martínez

ISBN: 84-607-3799-3. 102 pp., 6 euros

5. En legítima desobediencia

Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo

Movimiento de Objeción de conciencia (M.O.C)

I.S.B.N.: 84-60742954. 350 pp., 10 euros.

6. Con la comida no se juega.

Alternativas autogestionarias al capitalismo global desde la agroecología y el consumo

Daniel López García y Jose Ángel López López

I.S.B.N.: 84-932982-7-1, 246 pp., 12 euros.

fuera de colección

- Labo 03.

Julien Charlon

I.S.B.N.: 84-932982-9-8, 144 pp., 22 euros.

